

VARIABLES SOCIOESTRUCTURALES
Y COMPORTAMIENTO ELECTORAL EN LAS
ELECCIONES GENERALES ESPAÑOLAS.
UNA PERSPECTIVA EVOLUTIVA 1979-2000 (*)

FRANCESC PALLARÉS
CLARA RIBA

Universitat Pompeu Fabra

MARTA FRAILE

Universidad Autónoma de Madrid

1. INTRODUCCIÓN.—2. VARIABLES SOCIOESTRUCTURALES Y PAUTAS DE COMPORTAMIENTO ELECTORAL: 2.1. *Aspectos generales*. 2.2. *Género*. 2.3. *Edad*. 2.4. *Nivel de Estudios*. 2.5. *Religión y religiosidad*. 2.6. *Clase social*.—3. LAS VARIABLES SOCIOESTRUCTURALES EN LA DECISIÓN DE VOTO EN COMPARACIÓN CON OTRAS VARIABLES: UNA PERSPECTIVA INTEGRAL.—4. CONCLUSIONES.—BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

En este trabajo se analiza el comportamiento electoral de los españoles en las elecciones generales en función de sus características socioeconómicas: edad, género, nivel de estudios, clase social y religión. Después de una descripción bivariada sistemática de la relación de estas variables con el voto se realiza en un análisis multivariado de los componentes de la decisión de voto en las elecciones del 2000. Los resultados muestran la desaparición del componente de género y el papel importante que siguen jugando la edad, la religiosidad, y la clase social. Las variables socioes-

(*) Agradecemos los comentarios de los evaluadores anónimos que han sido de gran utilidad para mejorar la calidad del presente trabajo.

tructurales pierden significación cuando se introducen variables de identificación y de coyuntura, debido principalmente a que están en la base de la formación de las identidades y opiniones que quedan recogidas en estas últimas variables.

Palabras clave: Comportamiento electoral, abstención, variables socioestructurales, elecciones generales, España.

ABSTRACT

This article analyzes the effects of individual socio-structural characteristics such as age, gender, education, social class and religion in the Spanish electoral behavior in general elections. After a bivariate systematic description of the relationship between these variables and voting patterns, it gives a multivariate analysis of the different components in voters' decision making. The results provide evidence that the gender gap has all but disappeared although age, social class and religious convictions still play an important role in voting behaviour. The socio-structural variables are of less statistical significance when the variables of identification and of conjuncture are included. This is mainly due to the fact that they are fundamental parts of the formation of the very identities and opinions that are reflected in these variables.

Key words: Electoral behaviour, abstention, socio-structural variables, general elections, Spain.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es describir el comportamiento electoral de los españoles en las elecciones generales en función de sus características socioeconómicas tales como la edad, el género, el nivel de estudios, la clase social y la religión. Para ello se aportan dos tipos de evidencia empírica. En primer lugar, se realiza una descripción bivariada y sistemática de la evolución de la relación empírica entre cada una de estas características y el recuerdo de voto declarado en las encuestas post electorales para todas las elecciones generales celebradas en el último cuarto del siglo pasado en España. En segundo lugar, se analiza el peso que las variables que aquí denominamos socioestructurales tienen a la hora de explicar el voto en comparación con el de otros posibles determinantes tales como las orientaciones políticas estables o la opinión pública más coyuntural. Para ello se ofrece un análisis multivariado de los componentes de la decisión de voto en las elecciones generales de 2000.

La investigación se basa en los datos de la serie de encuestas postelectorales del CIS para las siete elecciones consecutivas (1). A pesar de que las

(1) Estudios postelectorales: 1.327 para las elecciones de 1982, 1.542 para las de 1986; 1.842 para las de 1989; 2.061 para las de 1993; 2.210 para las de 1996 y Estudio Panel 2.382-2.384 para las de 2000. Se trata de encuestas que contienen muestras representativas

mismas no contienen exactamente la información que nos interesa en formato idéntico, constituyen la mejor evidencia con la que analizar hasta qué punto existen alineamientos electorales socioestructurales a lo largo del período analizado y si dichos alineamientos son o no estables en el tiempo.

Son conocidos los fenómenos de sobrerrepresentación y subrepresentación de algunas opciones en las encuestas y los problemas que ello plantea (Wright, 1993; Urquizu, 2005). Así, en los datos de recuerdo de comportamiento suele observarse sobrerrepresentación tanto del nivel de participación electoral como del porcentaje de voto declarado al partido que resultó ganador; en cambio suele existir subrepresentación de la abstención y del voto a los partidos perdedores o de aquellos partidos sobre los que se percibe existe una «mala imagen» en el propio entorno social del elector. Se trata pues de errores sistemáticos en la medición del comportamiento electoral que existen en todas las encuestas, en nuestro caso postelectorales (2).

Para intentar reducir, al menos en parte, los efectos de este problema, presentamos las características del comportamiento en relación a cada variable —excepto el Género por las razones que se exponen— a través de las desviaciones del comportamiento de cada categoría de la variable respecto al conjunto de electores. Los valores positivos indican que el porcentaje de abstención, o de voto a una opción, en aquella categoría es superior a la media del electorado; en cambio los valores negativos indican que el nivel de abstención, o de voto a una opción, en aquella categoría es inferior a la media. Se trata, pues, de un indicador de comportamiento respecto a la media que en función de los objetivos de este trabajo, y a pesar de sus insuficiencias (3), proporciona una base más adecuada y fiable que la cifra de distribución de voto directamente resultante de la encuesta.

del total de los electores con derecho a voto en España. Los detalles técnicos de la composición de las muestras se encuentran disponibles en los informes de cada una de ellas y pueden consultarse en la página web del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS, www.cis.es).

(2) Además estas desviaciones no siguen las mismas pautas en todas las elecciones (el PSOE ha pasado de la sobrerrepresentación a la subrepresentación) suponiendo un problema adicional para la comparación interanual de los datos brutos de la muestra, sin ningún tipo de ponderación de estos cambios.

(3) El indicador que aquí se utiliza pone de relieve las diferencias entre grupos aunque presenta la limitación de no mostrar cuál es la contribución de cada grupo al cálculo de la media para el conjunto de toda la muestra. Es conocido que los grupos mayoritarios son los que más contribuyen a la media general y, por lo tanto, los que muestran unas desviaciones menores respecto de ella; en estos casos, y precisamente por tratarse de grupos numerosos, diferencias aparentemente pequeñas resultan ser significativas. Dado el objetivo del análisis que aquí se realiza, donde no importa tanto el valor de la media sino las diferencias entre grupos, se ha considerado que el indicador utilizado es el que mejor permite visualizarlas.

Para presentar los resultados de nuestro análisis de forma ordenada procederemos del siguiente modo. En la primera parte de este trabajo se ofrece la evidencia descriptiva bivariada desde una perspectiva evolutiva. Para todas y cada una de las variables mencionadas, se incluye un breve resumen de las hipótesis que la literatura al respecto mantiene tanto respecto a la explicación del abstencionismo como de la opción de voto. A continuación, se ofrece la evidencia del análisis bivariado a lo largo del período bajo estudio para el caso de la participación electoral y, posteriormente, para el de las opciones de voto.

En la segunda parte de este trabajo procedemos a presentar los resultados del análisis multivariado de los factores que explican la decisión de comportamiento a fin de ofrecer evidencia empírica sobre el papel explicativo de las variables socioestructurales cuando se comparan con otras características del electorado tales como sus valores políticos o sus evaluaciones sobre los líderes o el estado de la economía. El trabajo se culmina con un apartado de conclusiones.

A pesar de que en España el estudio de la participación electoral y los componentes del voto puede considerarse sin duda como una corriente de la ciencia política muy afianzada, el estudio sistemático de los componentes socioestructurales del voto ha sido, hasta el momento, fragmentado y relativamente poco exhaustivo, centrándose en análisis de un solo tipo de variable o bien en pocos momentos en el tiempo. De ahí el valor añadido de este trabajo.

2. VARIABLES SOCIOESTRUCTURALES Y COMPORTAMIENTO ELECTORAL

2.1. Aspectos generales

El estudio del comportamiento electoral de los ciudadanos en función de sus características *socioestructurales* constituye uno de los enfoques más asentados dentro de la disciplina. El origen de estos estudios se remonta a las aportaciones de la escuela de Columbia en los Estados Unidos, cuya obra principal, *The People's Choice* (1944), puede considerarse como la fundadora de los estudios empíricos electorales centrados en comprender y reconstruir el proceso a través del cual los electores forman sus preferencias de voto. La hipótesis central que defienden los autores de esta obra es que la predicción del voto es fácil si se conoce el estatus socio-económico, la religión y la raza de los individuos (4). En otras palabras, las decisiones políti-

(4) Con estas variables construyen el que llaman «Índice de predisposición política».

cas se entienden como un reflejo de las características sociales de los ciudadanos.

La versión Europea de esta interpretación del voto ha cristalizado en el análisis de la relación entre sociedad e instituciones, es decir el análisis del grado en el que el comportamiento electoral expresa demandas y orientaciones derivadas de las características sociológicas y económicas de los ciudadanos. En definitiva, se trata de responder a la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto en el voto se expresan percepciones e intereses relacionados con la posición de las personas en la estructura social? (Harrop-Miller, 1987).

El estudio de las relaciones entre el comportamiento electoral, por un lado y las características de edad, género, nivel de estudios, clase social, etc., de los electores, por otro, tiene una larga tradición tanto en los Estados Unidos como en Europa, desde una perspectiva centrada en un país pero también (y más recientemente) a nivel comparado entre países. Ente otros aspectos estos estudios han mostrado cómo, en el marco de los procesos de cambio estructural en nuestras sociedades (a nivel social, económico, etc.), se ha ido modificando igualmente la relación de estas variables socioestructurales con el comportamiento electoral (Dalton, Flanagan, Beck, 1984; Franklin-Mackie-Valen *et al.*, 1992).

En España, como ya hemos indicado, la atención al papel de estas variables en el comportamiento electoral ha sido desigual. En efecto, al igual que sucede a nivel comparado, la relación entre voto y clase social ha sido la más estudiada, con diferencia sobre otras variables, aunque también la religión, factor importante y con largas raíces históricas en la estructuración del conflicto político en nuestro país, ha merecido amplia atención. Citaremos la bibliografía relevante en el correspondiente apartado. En cambio otras variables como la edad o el género, si bien aparecen en muchos estudios, la atención a ellas es casi siempre marginal y se consideran simplemente como variables «de control», siendo muy escasos los estudios específicos sobre su relación con el comportamiento electoral (Bar, 1982).

2.2. *Género y comportamiento electoral*

Una de las expresiones clásicas en el estudio de los determinantes sociales del voto es la que estudia la influencia del diferente rol social desempeñado por hombres y mujeres. Hasta los años 70 del siglo pasado se había observado un comportamiento menos participativo y una orientación más conservadora entre las mujeres que entre los hombres. Estas diferencias de

comportamiento en función del género se explicaban sobre un doble eje (Dogan-Narbonne, 1955; Norris, 1985; Randall, 1982; Mayer-Smith, 1995):

— En primer lugar, a partir del diferente rol social desempeñado por hombres y mujeres a lo largo de muchos años. De esta forma, la escasa inserción de la mujer en el trabajo fuera de casa y el contexto laboral fomentaba el desarrollo de un rol centrado en la unidad familiar y con unos vínculos más débiles con la política.

— Asimismo, se producía una mayor implicación de la mujer en redes de relación y contextos de socialización religiosos con efecto a dos niveles. Por una parte, la implicación en redes actuaba como un incentivo a la movilización, contrarrestando los desincentivos derivados del rol social. Por otra, en contextos como el español, se ha planteado como factor explicativo adicional de la orientación más conservadora de las mujeres.

En función de estas explicaciones, la progresiva incorporación de la mujer al mundo laboral debería traducirse en una progresiva disminución de las diferencias de comportamiento entre sexos. Por su parte el proceso de secularización que han experimentado nuestras sociedades —con el consiguiente debilitamiento de la capacidad de influencia de las redes de base religiosa— debería empujar también en la misma dirección.

Así ha sucedido en la mayor parte de las democracias occidentales, donde la evolución del *diferencial de género* (5) indica la igualación en las pautas de participación/abstención así como la desaparición de la tradicional orientación más conservadora de las mujeres (Mossuz-Lavau, 1985; DeVaus-McAllister, 1989; Rusciano, 1992; Erickson-O'Neill, 2002; Inglehart-Norris, 2000). También en España, como veremos a continuación, se ha producido una progresiva tendencia a la igualdad de comportamiento entre Hombres y Mujeres. En efecto, a pesar de la existencia de ciertas pautas diferenciales de género en el comportamiento electoral (Sani-Del Castillo, 1983; García Escribano-Frutos, 1999), actualmente no se manifiestan diferencias de comportamiento significativas por razón del género.

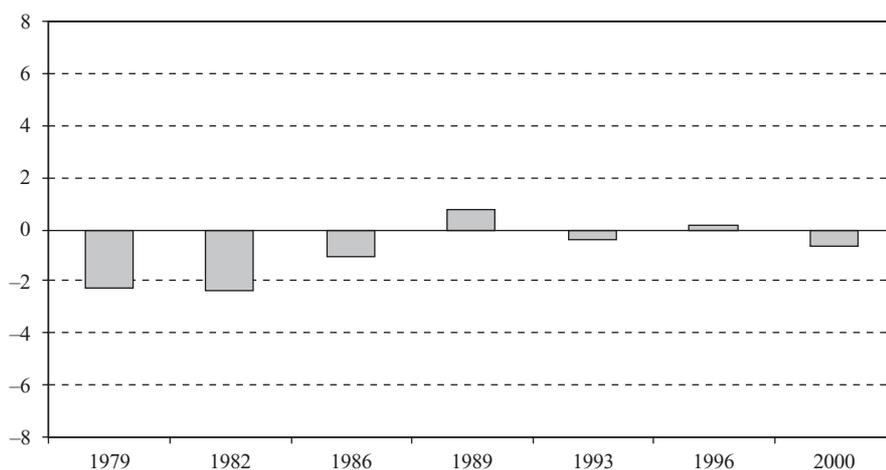
Además, a nivel comparado, la relación entre la evolución de la tasa de incorporación de la mujer al trabajo y la del comportamiento electoral según el género sugiere que el proceso de incorporación de la mujer al mundo laboral se produce de forma previa a la creciente equiparación del comportamiento entre hombres y mujeres.

(5) Diferencia entre el porcentaje de abstención de los hombres y el porcentaje de abstención de las mujeres (INGLEHART-NORRIS, 2000).

2.2.1. *El género y la participación/abstención*

En relación al comportamiento participativo/abstencionista según el género las pautas que se observan en España y su evolución a lo largo del tiempo se ajustan plenamente a las tendencias observadas a nivel comparado. El abstencionismo ha tenido una base muy equilibrada entre Hombres y Mujeres, aunque con un comportamiento algo más abstencionista de estas últimas en los primeros años de la democracia. El gráfico 1, que presenta las diferencias entre el porcentaje de abstención de los hombres y el de las mujeres, muestra la desaparición a partir de 1989 de las diferencias, ligeras pero significativas, existentes entre 1979 y 1986. Así, en la actualidad ha desaparecido el *diferencial de género* de la primera época.

GRÁFICO 1. *Abstención: diferencial de género 1979-2000*



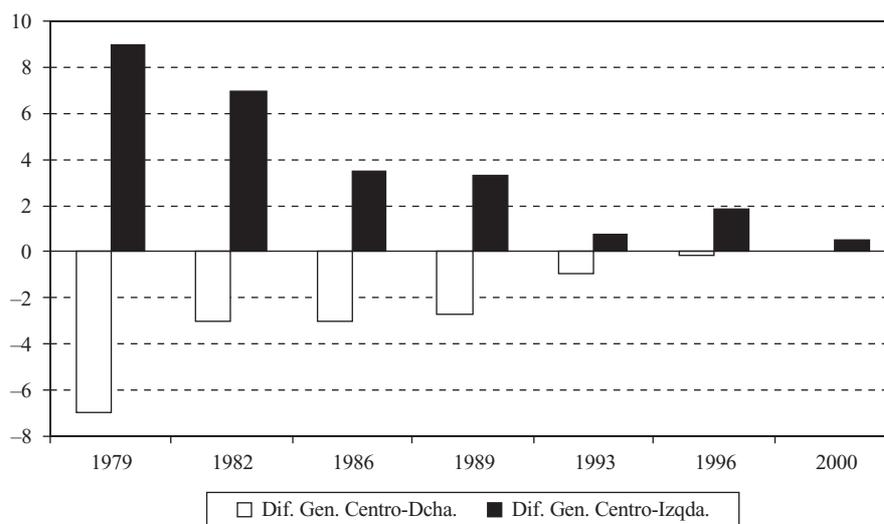
Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

2.2.2. *El género y la orientación del voto*

Asimismo, las características de orientación del voto según género y su evolución presentan unas pautas similares a las observadas a nivel comparado. Es decir, hasta la primera mitad de la década de los 80 se observa una orientación más conservadora entre las mujeres que entre los hombres, aunque se va produciendo una progresiva reducción de las diferencias hasta de-

saparecer a finales de los 90. Estas características son más fácilmente distinguibles —y utilizables a nivel comparado— cuando se agrupa a los partidos por grandes tendencias (6).

GRÁFICO 2. Evolución del diferencial de género por tendencias de voto



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

El *diferencial de género* (7) para el voto de centro-izquierda presenta valores positivos (gráfico 2), indicando la mayor inclinación hacia los partidos de centro-izquierda entre los hombres que entre las mujeres. Por su parte el *diferencial de género* para el voto de centro-derecha presenta valores negativos, indicando la orientación más conservadora de las mujeres. En ambos casos, el diferencial se ha ido reduciendo a lo largo del tiempo hasta llegar a ser prácticamente nulo.

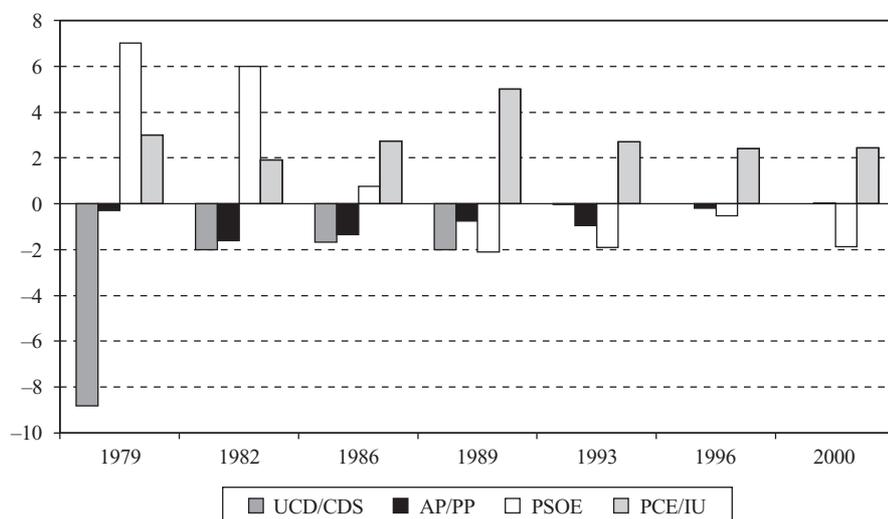
Sin embargo el estudio por partidos aporta matizaciones de interés. Tal y como sugiere el gráfico 3, el electorado que presenta un *diferencial de género* más estable es el PCE/IU, que desde 1982 ha encontrado más apoyos en

(6) Hemos computado los partidos con presencia (o datos disponibles) para 3 o más elecciones. Centro-derecha: UCD, CDS, AP/PP, CiU, PNV, AIC/CC (Canarias), UV (C. Valenciana). Centro-izquierda: PSOE, PCE/IU, ERC, BNG, HB, PSA/PA (Andalucía).

(7) Diferencial = % entre Hombres que votan una tendencia – % entre Mujeres que votan esta misma tendencia.

tre los hombres que entre las mujeres; es una característica de perfil que ha sido típica de los partidos comunistas y, en general, de los partidos más «ideológicos». En cambio, por lo que se refiere a los demás partidos el *diferencial de género* presenta una progresiva tendencia a la desaparición. En todo caso debe señalarse el mayor apoyo que en la primera fase electoral encontraba la opción centrista de UCD entre las mujeres; en cambio, tanto el PCE como, sobre todo, el PSOE obtenían mayores apoyos entre los hombres que entre las mujeres.

GRÁFICO 3. *Evolución del diferencial de género por partidos*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

La desaparición de UCD se resuelve con un alineamiento más equilibrado en función del género, aumentando la presencia femenina entre los votantes de los partidos que captan el electorado proveniente de UCD. Por una parte, aumenta ligeramente el voto AP/PP entre las mujeres. Por otra, se reduce el diferencial de género del PSOE equilibrándose progresivamente el porcentaje de voto socialista entre ambos géneros e incluso llegando a ser algo superior entre las mujeres que entre los hombres conforme avanzamos en el tiempo. De esta manera, la práctica desaparición del diferencial de género en el centro-izquierda que señalábamos anteriormente presenta algunas diferencias cuando distinguimos entre los partidos.

Así, tras los avatares de la transición en los que se manifiestan con claridad las diferencias por razón de género en el comportamiento (tanto en la participación/abstención como en la orientación del voto) las elecciones de 1986 parecen marcar el inicio de una nueva fase en la que prácticamente han desaparecido las diferencias.

2.3. *Edad y comportamiento electoral*

En la tradición de los estudios electorales la relación de la edad con el comportamiento electoral se ha planteado a través de una doble vía explicativa. Por una parte, los comportamientos diferenciados por la edad se han explicado en función de las especificidades en la inserción y la función social que se derivan de las diferentes fases del *ciclo vital*; es decir, de la transición de los individuos desde la juventud hasta la madurez, con todo lo que ello implica. El paso por situaciones y roles diversos en relación a la vida laboral, familiar, personal, etc., marca períodos que condicionan la definición de las propias demandas e intereses y que influyen en el comportamiento y actitudes políticas.

Pero la variable edad puede ser también indicador de *contextos generacionales* de socialización distinta. El contexto social e histórico en el que las sucesivas generaciones han desarrollado su proceso de socialización presenta rasgos comunes para los individuos de una misma generación, diferenciándose, a su vez, del de otras. Estas características contextuales influyen en la configuración inicial de las actitudes políticas atribuyendo una especificidad a cada generación; esta configuración inicial es la base para la definición de la propia identidad política que presenta rasgos durables, con mayor o menor intensidad, a lo largo de los años. Puede esperarse así que las características que definen el comportamiento político de una generación tenderán a manifestarse a lo largo del proceso vital de la misma. Por su parte, los efectos del ciclo vital, por propia definición, cambian en función de la edad.

Tendremos en cuenta ambos aspectos, aunque queda fuera de los objetivos de este trabajo hacer un estudio más pormenorizado de los efectos del ciclo vital y de las características generacionales en el comportamiento electoral. En primer lugar, presentamos el análisis por grupos de edad agrupando los electores en el grupo de edad al que pertenezcan en cada elección (definidos por intervalos de diez años cada uno) y bajo la perspectiva del ciclo vital. Como segundo paso analizamos la variable edad en base al año de naci-

miento, agrupando los electores en cohortes generacionales como grupo de referencia en su relación con el comportamiento electoral.

2.3.1. *Edad y abstención*

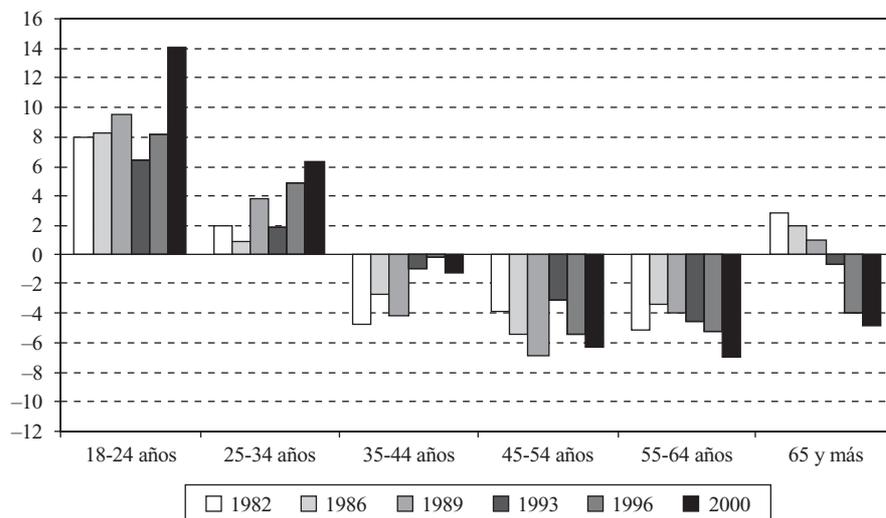
La participación/abstención de los electores varía con la edad. En general puede decirse que en España el grupo más abstencionista es el de los jóvenes de 18 a 24 años. A medida que aumenta la edad, el nivel de abstención va decreciendo hasta llegar al grupo de 55-64 años que es el más participativo, aumentando otra vez la abstención en el grupo de mayor edad (Anduiza, 1999; Justel, 1995).

Esta estructura de pautas diferenciales de abstención por grupos de edad es muy parecida a la que se ha observado en otras democracias mostrando además un gran nivel de estabilidad (Lancelot, 1968; Rose, 1974; Crewe-Fox-Alt, 1977). A lo largo de los últimos decenios, sin embargo, se ha producido un cierto incremento de la abstención entre los más jóvenes mientras que se ha alargado la «vida participativa» de los electores, manteniéndose ahora un elevado nivel de participación hasta los 75 años, para decaer después rápidamente (Percheron, 1985; Harrop-Miller, 1987; Manheimer-Sani, 1987; Inglehart, 1991).

Para presentar con algo más de detalle las características del comportamiento abstencionista según los grupos de edad utilizaremos como indicador la diferencia del nivel de abstención de cada grupo con respecto a la media del electorado (gráfico 4). Tal y como se ha explicado en la introducción, los valores positivos indican que el porcentaje de abstención en aquel grupo es superior a la media del electorado, mientras los valores negativos indican que el nivel de abstención del grupo es inferior a la media (8).

El gráfico 4 indica la sistemática pauta abstencionista de los más jóvenes (18 a 34 años) a lo largo del período aquí analizado. También los ciudadanos con edades comprendidas entre 25-34 años presentan una pauta crecientemente abstencionista con el paso del tiempo. Los grupos de edad intermedios, por el contrario, tienen un comportamiento más participativo que la media; obsérvese, sin embargo, que entre los de 35-44 años se observa también una tendencia abstencionista a lo largo del tiempo. Por su parte, el grupo de electores de mayor edad, con un comportamiento ligeramente más abstencionista que la media en los años ochenta, experimenta una importan-

(8) Como ya hemos indicado éste es el tipo de presentación que utilizamos de aquí en adelante, también para el resto de variables.

GRÁFICO 4. *Abstención por grupos de edad: evolución de las desviaciones respecto a la media (% electores)*

Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

te movilización en los años 90, paralelamente a su progresiva conversión en destinatarios de políticas, al desarrollo de sus vínculos con el entorno social, y a su creciente importancia en el censo electoral y en la campaña electoral de los partidos.

Como hemos señalado, una de las grandes líneas de explicación de las diferencias de participación según la edad se ha basado en la relación entre ciclo vital, integración social e implicación política. Así en las edades intermedias el conjunto de aspectos relacionados con la actividad laboral, el ejercicio de responsabilidades familiares conllevan una relación con los temas sociales y políticos que están en la base de la mayor implicación política y participación electoral que se da en estos grupos. En cambio entre los jóvenes estas responsabilidades están menos presentes.

Por su parte las personas de más edad están más alejadas ya de las responsabilidades laborales, familiares y sociales, y están más centradas en los particulares problemas de seguridad, salud, etc. (Lancelot, 1968; Crewe-Fox-Alt, 1977; Bar, 1982). El notable incremento de la participación electoral que se ha observado a nivel comparado en el grupo de 65-75 años desde la década de los 70, se ha explicado en función del desarrollo de políticas y servicios de bienestar relacionados con la tercera edad, las mejoras en

el nivel general de salud o la exposición generalizada a la información a través de la TV (Percheron, 1985; Heath-Jowell-Curtice, 1985; Harrop-Miller, 1987; Ysmal, 1990). En este marco, y junto a su creciente peso demográfico en nuestras sociedades, este grupo de electores ha ido convirtiendo su voto en objeto preciado de competencia entre los partidos.

La relativa estabilidad de estas pautas diferenciales de participación/abstención según grupos de edad no es contradictoria, sin embargo, con cambios en la magnitud de las diferencias a lo largo del tiempo. En general el nivel de abstención de todos los grupos ha evolucionado de forma muy paralela a lo largo de las sucesivas elecciones, siguiendo el mismo ritmo de oscilación que el nivel general de abstención. Ello indica que, en general, los factores coyunturales determinantes de estas oscilaciones afectan a los electores independientemente de su edad.

Se observan, de todas maneras, movimientos coyunturales vinculados a la edad. Así las oscilaciones entre elecciones (o períodos) de movilización/desmovilización son más fuertes en los grupos de menor edad, de comportamiento más volátil, siendo más estable el nivel de participación/abstención en los grupos de edad intermedios. Por otra parte, el protagonismo en la campaña de temas que interesan más a unos grupos de edad que a otros se traduce en comportamientos diferentes entre ellos; así parece explicarse la mayor movilización de los grupos de más edad en el período 1993-96, cuando el tema de las pensiones de jubilación constituyó un importante componente del debate y el clima electoral ante la posibilidad de acceso del PP al gobierno.

2.3.2. *Edad y orientación del voto*

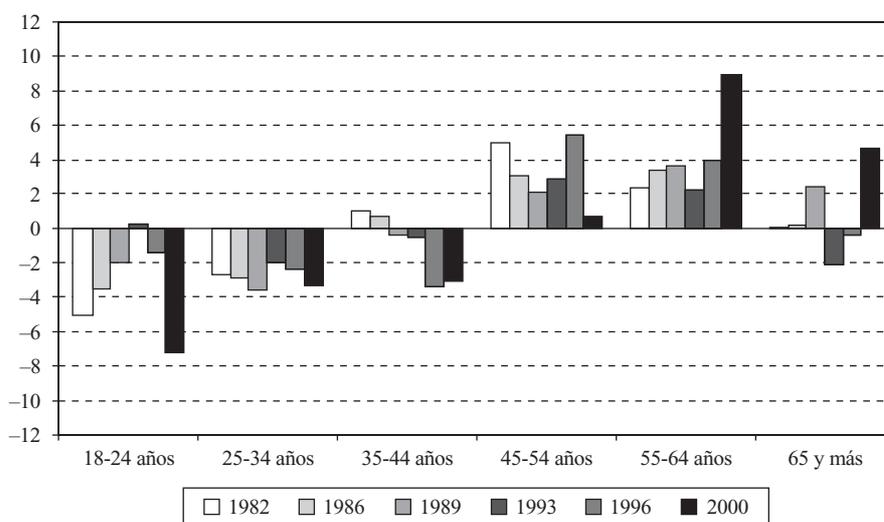
Desde el punto de vista de la edad la composición relativa de los electorados de PP, PSOE e IU muestra la existencia de orientaciones diferenciales en función de los grupos, aunque excepto en casos puntuales la diferencia entre el nivel de apoyos en un grupo y la media del partido en cuestión no supere los 4 puntos.

Así, tal como se observa en el gráfico 5 el PP presenta un perfil de electores por grupos de edad relativamente estable a lo largo del tiempo. En concreto, su implantación entre los electores más jóvenes ha sido siempre inferior a la media (9), diferencia que se ha agudizado en las elecciones de 2000, especialmente en el grupo de 18-24 años. En cambio su implantación ha sido siempre superior a la media entre los electores de 45 y más años. En las elec-

(9) Con una ligera excepción en 1993, cuando se sitúa al nivel de la media.

ciones del 2000, siendo partido en el gobierno, aumenta sensiblemente su implantación entre los electores de 55 años y más. De esta manera el perfil de implantación del PP en las elecciones del 2000 es el más contrastado que ha tenido de entre las elecciones analizadas aquí.

GRÁFICO 5. Voto PP: por grupos de edad desviaciones respecto a la media (% electores)

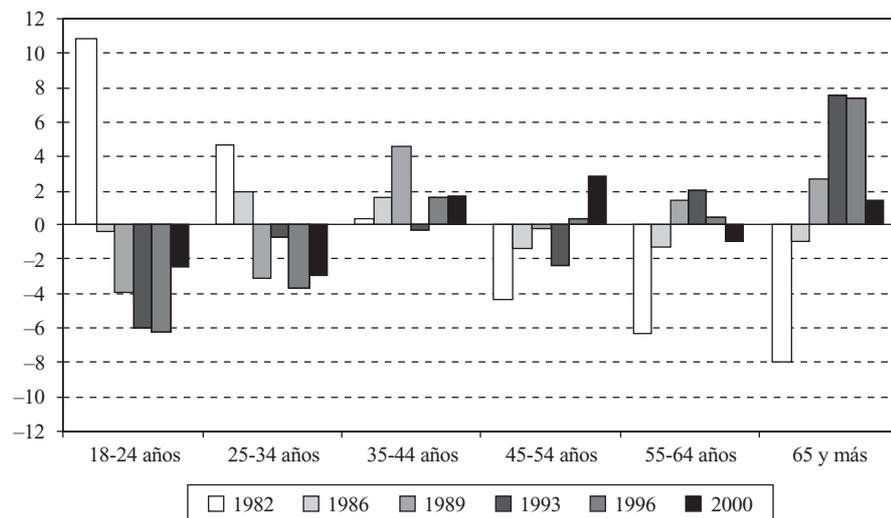


Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

Las características de implantación del PSOE, en cambio, presentan pautas menos estables a lo largo del tiempo (gráfico 6). Ahora bien, la evolución de la composición de edad del electorado del PSOE sugiere una interesante relación con la suerte electoral de este partido a lo largo del período que analizamos aquí. En efecto, en las elecciones de 1982 el PSOE presentaba una fuerte sobrerrepresentación entre las edades jóvenes que parecía expresar su esperanza en el cambio. En esas elecciones el apoyo al PSOE decaía progresivamente con la edad hasta llegar a una implantación muy por debajo de la media entre los electores de mayor edad, donde existía más temor e incertidumbre ante los cambios.

Sin embargo el escenario evolucionó rápidamente y la pérdida progresiva de apoyo electoral al PSOE en las elecciones de 1986 y 1989 resultó significativamente mayor entre los jóvenes. Casi paralelamente, y en el marco

GRÁFICO 6. *Voto PSOE: por grupos de edad desviaciones respecto a la media (% electores)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

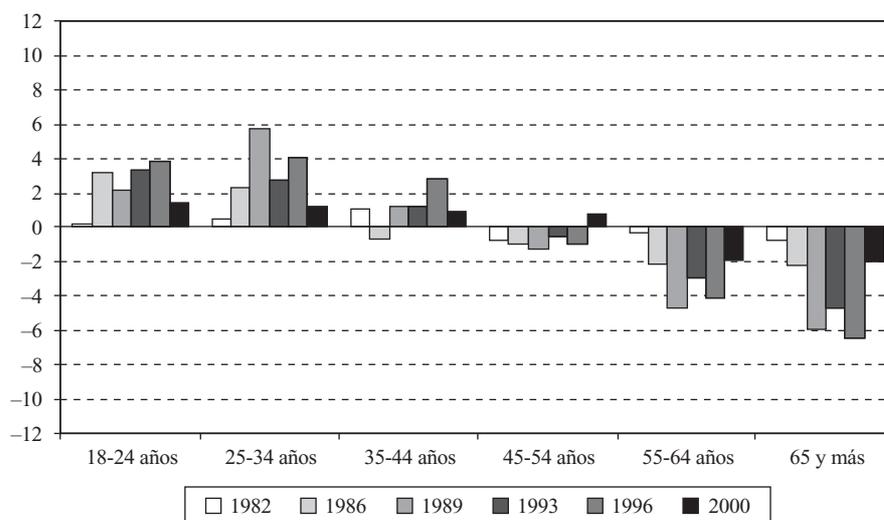
de la transformación en las políticas sociales, (especialmente las pensiones de jubilación pero también la política sanitaria), el PSOE fue ganando apoyo en los sectores de más edad. Como reflejo de todo ello, en 1989 el PSOE ya presentaba una implantación inferior a la media en los dos grupos de edad más jóvenes y superior a ella los dos grupos de mayor edad.

Esta transformación se expresa de manera rotunda en las elecciones de 1993 y 1996 en las que la mayor movilización en la participación electoral se traduce en un mayor apoyo de los sectores de más edad tal vez, temerosos de perder los beneficios de las políticas del PSOE ante la posibilidad de acceso del PP al gobierno. En estas dos elecciones el diferencial de implantación respecto a la media en los diferentes grupos de edad que presenta el PSOE define un perfil totalmente opuesto al de 1982: sobreimplantación entre los electores de 65 años y más, y subimplantación entre los dos grupos más jóvenes, especialmente en los de 18-24 años. En definitiva, los resultados de este análisis confirman lo que otras investigaciones han puesto de manifiesto (González, 2004). Así, del partido «de los jóvenes» que era en 1982 el PSOE se había ido transformando en el partido «de los mayores» en 1996. Este perfil, sin embargo, se suaviza en las elecciones del 2000, una vez que los socialistas se convierten en el principal partido de la oposición.

En conjunto, la evidencia presentada hasta el momento sugiere la existencia de un perfil de edad del «partido en el gobierno» que, con sus diferencias, han desarrollado tanto PSOE como PP: baja implantación en las edades jóvenes y elevada implantación entre las mayores. Se trata, por supuesto, de tan solo una hipótesis cuya comprobación rigurosa se sale de los objetivos de este trabajo.

Por su parte, la implantación de IU presenta unas características bastante estables a lo largo del tiempo (gráfico 7). En efecto, la coalición obtiene unos apoyos superiores a su media entre los electores menores de 45 años (especialmente los menores de 35) e inferiores a la media entre los de 45 años y más mayores (especialmente los de 55 años y más). El importante retroceso electoral de IU en las elecciones de 2000 tiene un efecto homogeneizador en su perfil de edad, suavizando los contrastes, habiendo perdido más apoyos en los grupos de edad en los que tenía mejor implantación.

GRÁFICO 7. *Voto PCE/IU: por grupos de edad desviaciones respecto a la media (% electores)*



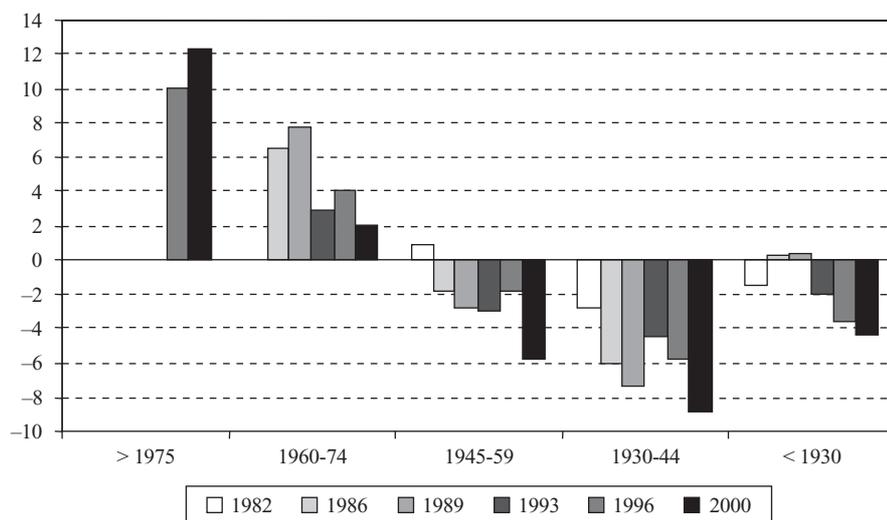
Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

3.3. Cohortes generacionales y abstención

La segunda perspectiva en el estudio de la relación entre edad y comportamiento electoral es la generacional siguiendo en el tiempo el comportamiento de cohortes de edad definidas por compartir determinadas características en su proceso y contexto de socialización que les confieren especificidad y les diferencian de otras (10).

Así, la cohorte de la posguerra, nacida entre 1930-1944, aparece como la más participativa (gráfico 8). Sin embargo no puede descartarse que esté reflejando efectos de ciclo vital pues durante el período que analizamos esta

GRÁFICO 8. *Abstención por cohortes: desviaciones respecto a la media (% electores)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

(10) Con fines simplemente exploratorios hemos definido 5 cohortes con ciertas características «generacionales»: el período de la República y la guerra (nacidos antes de 1930); el período de la posguerra (nacidos entre 1930-44); el período de «mayo-68» (nacidos entre 1945-59); el período de la transición y la ilusión democrática (nacidos entre 1960-1974); el período de la democracia «prosaica» (nacidos después de 1975). La definición de cohortes es una tarea siempre problemática, y la definición de los intervalos de años resulta también discutible. Asumimos, por tanto, que también es discutible el criterio, socialización primaria y juvenil, y su operacionalización en nuestro trabajo.

cohorte ha estado siempre en plena fase participativa en función del ciclo vital: desde los 35-50 años en 1982 hasta los 55-70 en el 2000 (11).

La cohorte más joven (sólo relevante a partir de 1996) aparece como la más abstencionista y su menor participación en las elecciones del 2000 no puede desvincularse del incremento general de la abstención en las mismas. Por su parte, la tendencia decreciente en la abstención de la generación de la Transición (1960-1974), encuentra explicación complementaria en la lógica del ciclo vital: la tendencia a la abstención decrece a medida que los jóvenes se van haciendo mayores y se encuentran cada vez más implicados en el proceso social y político.

Dadas las limitaciones, nuestro estudio por cohortes generacionales no aporta nuevos elementos de relevancia en relación al estudio por grupos de edad. En todo caso señalar que existe un gran paralelismo entre cohortes en las oscilaciones del nivel de abstención a través de las elecciones y que la oscilación en el tiempo es algo más suave cuando se mide por cohortes que cuando se hace por grupos de edad, lo que podría indicar la existencia de unas pautas generacionales en relación al comportamiento participativo/abstencionista (12). Al mismo tiempo, sin embargo, esta evolución parece dibujar una tendencia a una mayor diferenciación en el comportamiento abriéndose una mayor separación entre cohortes participativas y abstencionistas.

2.3.4. *Cohortes generacionales y orientación del voto*

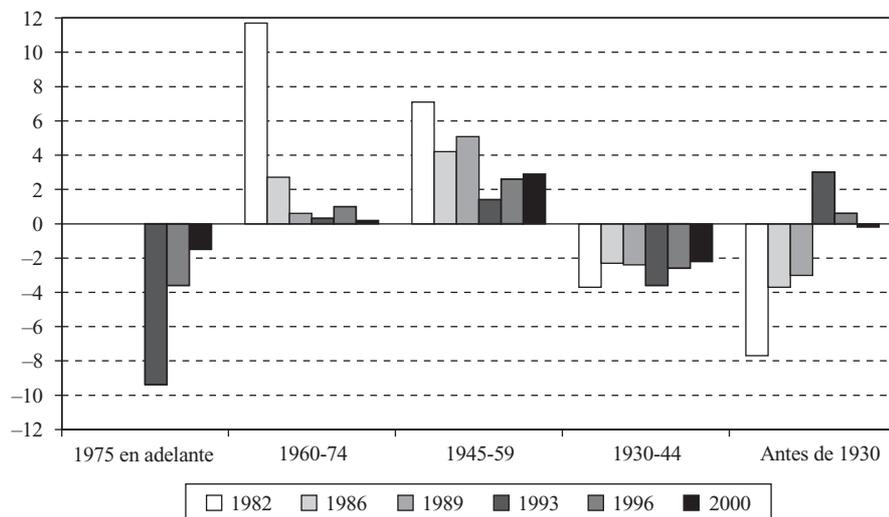
La relación entre cohortes de edad y los apoyos a los distintos partidos es muy parecida a la que presenta el análisis por grupos de edad.

Sin embargo, la agregación de partidos por tendencias permite aportar algunos nuevos elementos. Así, la evolución del voto de centro-izquierda (PSOE + PCE/IU) por cohortes sugiere la existencia de unas pautas generacionales (gráfico 9). El gráfico muestra una mayor orientación hacia el centro-izquierda de los electores nacidos entre 1945 y 1974, es decir, las generaciones socializadas políticamente en los contextos de mayo-68 y la transición española. Este comportamiento ya se ha señalado a nivel comparado

(11) Debe tenerse en cuenta que el período de 20 años que analizamos es relativamente corto e insuficiente como para atribuir determinados comportamientos a efectos de ciclo vital o de generación.

(12) De hecho, se ha comprobado que los coeficientes de variación de las series temporales son menores por cohortes generacionales que por grupos de edad. Los resultados no se enseñan por razones de espacio, pero pueden solicitarse a los autores.

GRÁFICO 9. *Voto de centro-izquierda por cohortes: desviaciones respecto a la media (% electores)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

(López Pina-McDonough-Barnes, 1981; Mossuz Lavau, 1979). Se trata de las generaciones que dieron origen a la imagen de un voto joven de izquierdas y que parecen mantener esta pauta de orientación a través de los años. El contraste con la nueva generación más joven resulta evidente (gráfico 9).

2.4. Nivel de estudios y comportamiento electoral

La formación educativa permite la adquisición de recursos para el desarrollo personal, la integración social y profesional. Por ello la hipótesis principal en los estudios de actitudes y comportamiento político ha sido que un mayor nivel de estudios posibilita una mayor capacidad para desarrollarse social y económicamente, y se vincula a mayores niveles satisfacción vital y de apoyo al sistema en general.

Así, en relación a la participación política, si a mayor nivel de estudios mayor disposición de recursos para entender e intervenir en la vida política, se espera que un mayor nivel de estudios vaya acompañado de un mayor nivel de participación. Pero los resultados de la relación entre nivel de estudios y participación son menos concluyentes en referencia a la participación elec-

toral (Rosenstone y Hansen, 1993; Anduiza, 1999; Boix y Riba, 2000; Franklin, 2004) que a otros tipos de participación política (13).

El nivel de estudios no ha mostrado una relación muy directa con la orientación del voto, aunque sí se ha observado una relación indirecta a través de otras variables como la edad o la clase social (Stephens-Long, 1979; Heath-Jowell-Curtice, 1985). La literatura relevante defiende que el nivel de estudios de los ciudadanos está altamente correlacionado con su posición de clase. De acuerdo a la misma, se espera que la opción conservadora sea más frecuente entre los que mayor nivel de educación presentan, dado que también son los que pertenecen a las clases sociales más altas. Por lo tanto, el nivel de estudios ha despertado relativamente poco interés como variable específica en la explicación del voto, limitándose las consideraciones sobre dicha variable a su papel configurador del nivel socioeconómico de los ciudadanos.

Asimismo, en las investigaciones sobre actitudes políticas y valores se ha mostrado que el nivel de estudios de los electores tiene un papel en la configuración de sus orientaciones subjetivas (14) ejerciendo también, por esta vía, una influencia indirecta sobre el comportamiento electoral (Inglehart, 1991). No obstante, los escasos estudios que consideran los efectos específicos de la educación sobre las orientaciones ideológicas más vinculadas al comportamiento electoral no permiten presentar conclusiones generalizables (Inglehart, 1998; Weakliem, 2002).

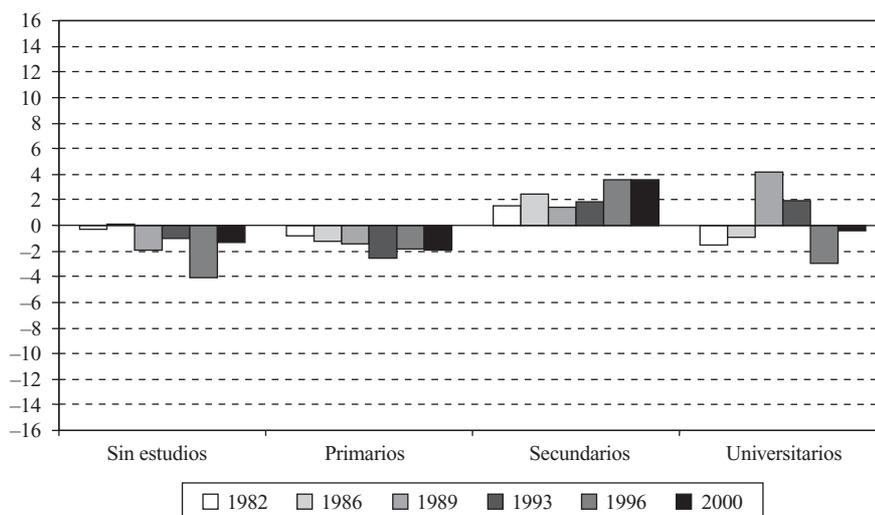
(13) La consideración de los efectos del nivel educativo se ha planteado además en dos sentidos con implicaciones muy diferentes. Unos consideran estos efectos en términos «absolutos», como característica intrínseca derivada de, por ejemplo, bajos niveles educativos, con lo cual a medida que aumentarían los niveles educativos de los grupos ahora menos «educados» desaparecerían los efectos (VERBA-NIE, 1972; WOLFINGER-ROSENSTONE, 1980). Otros consideran los efectos en términos «relativos», como consecuencia de diferencias entre grupos; es decir, que por más que en el tiempo aumente el nivel educativo de los menos «educados», mientras existan diferencias de nivel y tengan consecuencias sociales se continuarán manteniendo unos comportamientos/actitudes diferenciales, porque éstos tienen su base en la situación relativa de ventajas o desventajas de cada grupo respecto a los otros (FEDERSEN-PESENDORFER, 1996).

(14) Existe un importante volumen de investigaciones sobre la influencia del nivel educativo en las actitudes políticas. A pesar de que haya un relativo consenso sobre su influencia en términos genéricos, existen diversidad de apreciaciones sobre su alcance. Y ello tanto por lo que se refiere a su efecto directo como indirecto en el voto (STEPHENS-LONG, 1970; NIE *et al.*, 1996; WEAKLIEM, 2002; KINGSTON *et al.*, 2003).

2.4.1. Educación y participación electoral

En España el nivel de estudios no presenta una relación directa significativa con la participación electoral, tal y como sucede también en perspectiva comparada. A pesar de lo que se esperaría en función de la hipótesis de los recursos, niveles superiores de formación educativa no se corresponden con niveles más elevados de participación electoral (15). Más bien la relación que se presenta es la contraria, aunque las diferencias son muy reducidas (16). Así, los electores sin grado de escolarización (al menos completo), así como los que sólo tienen educación primaria, presentan a lo largo de las elecciones analizadas aquí un nivel de abstención ligeramente inferior a la media (gráfico 10). En cambio, los que tienen estudios secundarios son los que presentan una propensión a abstenerse ligeramente superior a la media, siendo más irregular el comportamiento del grupo de mayor nivel de estudios.

GRÁFICO 10. Abstención por niveles de educación: desviaciones respecto a la media (% electores)



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

(15) Utilizamos un indicador usual en estudios comparados que distingue entre 4 niveles según el grado más alto de educación que ha completado el entrevistado: sin grado, nivel primario, secundario, y universitario (o de tercer grado).

(16) Ver también JUSTEL (1995), págs. 211-229.

No debe olvidarse que los partidos de masas, fundamentalmente los socialistas y en algunos casos los comunistas, han sido un instrumento de movilización de los sectores con menos recursos económicos y educativos, de la misma manera que los partidos democristianos han jugado un papel movilizador independientemente del nivel de «recursos» de los electores a nivel individual. En los contextos europeos ello contribuye a explicar las escasas diferencias en el nivel de participación electoral independientemente del nivel de recursos «educativos» de los electores, diferencia que sí se manifiesta claramente en el caso estadounidense, por ejemplo (17).

Tampoco en España ninguno de los grupos presenta diferencias notables respecto de la media, excepto en algún caso aislado, indicando que la variable, al menos por sí sola, tiene poca capacidad de discriminación del comportamiento participativo/abstencionista. En perspectiva temporal estas pautas de comportamiento son bastante estables, indicando que tanto las similitudes como las diferencias no son fenómenos coyunturales sino que tienen una base sólida, «estructural».

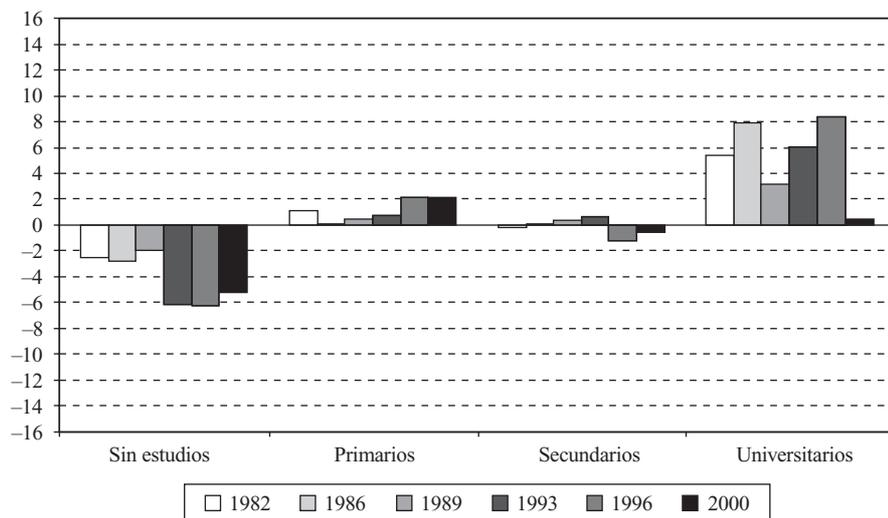
2.4.2. *Educación y orientación del voto*

En general, el nivel educativo muestra una cierta capacidad discriminante en la orientación del voto, siguiendo las pautas esperadas según la hipótesis clásica. Así, la opción conservadora del PP encuentra un mayor nivel relativo de apoyo entre los electores con mayores recursos educativos, siendo menor entre aquellos electores con menor nivel educativo (gráfico 11). El PSOE, por su parte, presenta un perfil más diferenciado que el PP, siendo sus apoyos claramente superiores a la media entre los electores con menor nivel educativo e inferiores a la media entre los de mayor nivel (gráfico 12). Sin embargo en los grupos intermedios, también los más numerosos en el electorado (18), las diferencias son escasas aunque siguen en general la caracterís-

(17) Debe tenerse en cuenta, además, que el registro electoral voluntario en EEUU es un coste adicional en la participación electoral, observándose que desincentiva más a los que tienen menores niveles educativos y un estatus socioeconómico más bajo. Sin embargo, entre los registrados, las diferencias por niveles educativos se reducen de manera notable (WOLFINGER-ROSENSTONE, 1980).

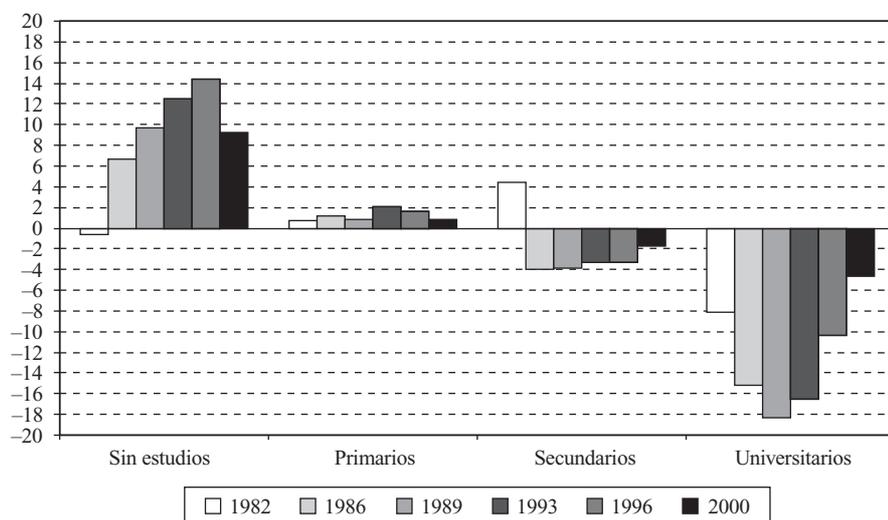
(18) Estos grupos centrales reunían el 55 por 100 de los electores en 1982, el 65 por 100 de los electores en 1993 y el 75 por 100 en 2000. Debe tenerse en cuenta, que el porcentaje de personas sin nivel de escolarización completado era del 30 por 100 en 1982, mientras sólo representa el 10 por 100 en 2000, al tiempo que los demás grupos han aumentado su importancia cuantitativa a medida que se incorporan nuevas generaciones, con niveles más elevados de formación educativa.

GRÁFICO 11. Nivel de educación y voto PP: desviaciones respecto a la media (% electores)



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

GRÁFICO 12. Nivel de educación y voto PSOE: desviaciones respecto a la media (% electores)



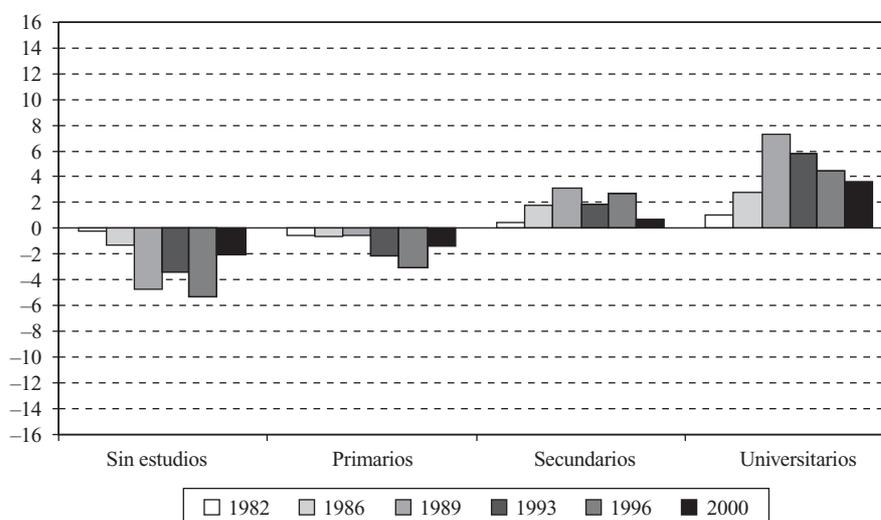
Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

tica esperada según la hipótesis cuando son algo más marcadas como en el caso del PSOE. Las diferencias las marcan, pues, los grupos de electores situados a ambos «extremos» del nivel educativo, aunque son los grupos que menor porcentaje de electores representan (10 por 100 y 17 por 100, respectivamente, en 2000).

Debe señalarse que los apoyos al PP entre los electores con mayor nivel educativo están ubicados mayoritariamente en posiciones de clase medias-superiores. Por su parte los mayores apoyos que obtiene el PSOE entre los sectores con menor nivel de educación aparecen asociados a su condición mayoritaria de clase trabajadora. Es decir, una buena parte de las diferencias de orientación política según el nivel educativo están vinculadas necesariamente también a la clase social, pero otras diferencias parecen relacionadas específicamente con el nivel educativo (19).

Por su parte, el electorado de IU presenta un perfil (gráfico 13) menos diferenciado que el del PSOE en cuanto al nivel educativo, pero lo más importante es que estas diferencias no siguen la tendencia que sería de esperar en

GRÁFICO 13. Nivel de educación y voto PCE/IU: desviaciones respecto a la media (% electores)



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

(19) En el mismo sentido deben interpretarse los resultados del análisis multivariante que se presentan en el último apartado de este trabajo.

función de la hipótesis tradicional vinculada a los recursos y al estatus socioeconómico: el porcentaje de voto a IU aumenta conforme aumenta el nivel educativo de los ciudadanos, lo contrario que sucede con el voto al PSOE (20). Resulta, por tanto, paradójico que el «perfil educativo» de IU presente una «orografía» más parecida a la del PP que a la del PSOE.

Esta evidencia va en sentido contrario a lo que cabría esperar para una opción política de orientación más izquierdista que el PSOE y que plantea como base de sus propuestas políticas contra las desigualdades y para la mejora de la situación de los sectores más desfavorecidos.

¿Por qué entre los electores con más bajo nivel educativo existe menor atracción por una opción de izquierdas como IU que entre electores con elevado nivel? Sin pretender entrar en un análisis que queda fuera de los objetivos de este trabajo, entendemos que el marco de la *Nueva Política* (Dalton, 1996; Inglehart, 1991) ofrece las principales claves para entender este fenómeno. Tras la crisis del PCE (21) la formación de IU a partir de 1986 supone la aparición de una oferta política con más énfasis en los valores en cierto detrimento de las apelaciones más directamente de clase. Esta nueva propuesta encuentra mejor recepción que la propuesta anterior en electores con elevado nivel de recursos y habilidades cognitivas sobre las que ha desarrollado un marco ideológico elaborado que orienta un voto expresivo, no condicionado por la inexistencia de posibilidades de gobierno. En cambio encuentra más dificultades de penetración entre electores con menor nivel educativo, más orientados en base a planteamientos de identidad de grupo, o bien de orientación ideológica más genérica que no habrían encontrado incentivos para reorientar su voto desde el PSOE a IU. La reducida implantación de IU, con un electorado compuesto por votantes muy convencidos, constituye el telón de fondo que complementa esta explicación.

(20) Debe tenerse en cuenta que de todas maneras 2/3 de los votos de IU provienen de los grupos intermedios que son los cuantitativamente más importantes.

(21) IU se presenta por vez primera en las elecciones de 1986 y los datos de 1982 corresponden al PCE en su fase postcrisis. Los datos de que disponemos para 1979 no son plenamente comparables y por ello no los incluimos en el gráfico. Puede decirse, sin embargo, que el PCE presenta un perfil bastante homogéneo, en el que también aparece un nivel de apoyos ligeramente superior a la media entre el entonces mucho más reducido grupo de electores con estudios superiores. La principal transformación en el perfil de IU en relación al el PCE es la pérdida de implantación entre electores con más bajos niveles educativos, a la vez que mejora su implantación entre los electores con mayor nivel educativo. La comparación con el perfil de nivel educativo del PCE aportado por MARAVALL (1981: 210) indica el mismo tipo de evolución.

2.5. Religión y comportamiento electoral

La religión constituye uno de los ejes de conflicto estructuradores de los alineamientos electorales y los sistemas de partidos en Europa (Lipset-Rokkan, 1967). Por ello el estudio de las relaciones entre la orientación religiosa y el comportamiento electoral ha sido y continúa siendo un componente clásico de los estudios electorales a nivel comparado (Rose, 1974; Broughton-Naipel, 2000).

En este marco, también en España diversos trabajos empíricos han mostrado la importante relación entre religión y voto (Linz *et al.*, 1981; Linz 1993; Montero, 1994; Calvo y Montero 2002). A grandes rasgos, podríamos decir que se da un mayor porcentaje de voto a los partidos de derechas entre los electores que se declaran católicos que entre los ateos o los no creyentes. Asimismo, entre los declarados católicos —la gran mayoría del electorado— se registra un mayor porcentaje de voto conservador entre los que asisten frecuentemente a misa que entre los no practicantes o los poco practicantes.

Dos son las explicaciones que se dan para justificar estos resultados: la existencia del histórico *cleavage* religioso y la estrecha vinculación entre Iglesia católica y las opciones de derechas en España. En efecto, el *cleavage* religioso había dividido profundamente la población española en los años previos a la guerra civil y durante la misma, asociándose los ateos y no creyentes con el gobierno republicano, defendido principalmente por la izquierda, y a los católicos con el bando nacional defendido principalmente por la derecha. Durante los años de la dictadura la implicación y colaboración de la Iglesia católica institucional con la dictadura franquista continuó impulsando la asimilación de la iglesia católica con la derecha más autoritaria, manteniéndose aquella división. La abierta oposición al franquismo que se fue desarrollando en sectores católicos de base así como el proceso de *aggiornamento* derivado del Concilio Vaticano II, el proceso de secularización en la sociedad, y la progresiva separación de la Iglesia institucional respecto de la dictadura en los años finales del franquismo introdujeron elementos de complejidad y moderaron esta división. Así se explica que con la restauración de la democracia se observe el mantenimiento de un mayor voto conservador entre los católicos pero no una gran polarización en los alineamientos.

Por otra parte, se considera que la pertenencia a una determinada Iglesia o la autodefinición a través de un credo religioso determinado muestra un tipo de vinculación psicológica —más o menos intensa— con esta estructura, símbolos y creencias y, por tanto, una predisposición a aceptar sus recomendaciones. Asimismo, la implicación —más o menos activa— en estas

estructuras, con lo que conlleva de asunción personal de los costes asociados al cumplimiento de las correspondientes prácticas religiosas, refuerza los efectos de las opiniones, ideas y planteamientos que se desarrollan a través de las redes de socialización religiosa sobre las actividades políticas de los ciudadanos. De ahí, en el caso español, la mayor predisposición al voto por las opciones de centro y derecha de los católicos que más frecuentemente asisten a la iglesia.

A lo largo del período democrático, se ha producido una separación más clara entre el Estado y la Iglesia católica, así como una paulatina secularización de los españoles (22) paralelamente a lo que sucede también en otros países europeos (Feldkircher, 1998; Broughton-Naipel, 2000; Dalton, 2004). Esa secularización de la sociedad española a lo largo de los años de transición y consolidación democrática habría tenido su reflejo en una pérdida de importancia del factor religioso en el comportamiento electoral (Montero, 1994; Calvo-Montero, 2002).

Para analizar la relación entre la religión y el comportamiento electoral utilizaremos las dos dimensiones de la variable, y los correspondientes indicadores, que se han utilizado con más frecuencia. Los mismos nos permitirán contrastar la relación del voto con la división religiosa y con la influencia de las posiciones de la iglesia en los electores católicos, respectivamente. El primer indicador es la propia declaración de los ciudadanos acerca de su definición en materia religiosa; el segundo, la frecuencia de la asistencia a oficios religiosos por parte de los ciudadanos que se definen a sí mismos como católicos —la gran mayoría— nos indica el nivel de implicación en el contexto socializador católico. No se dispone de series completas para ambos indicadores en los estudios postelectorales (23), sin embargo los datos que presentamos son suficientemente indicativos

(22) España: Evolución práctica religiosa:

Asistencia misa	Nunca o casi nunca	Varias veces año	Asiduamente
1986	32,0	37,6	28,5
2000	39,5	34,5	24,6

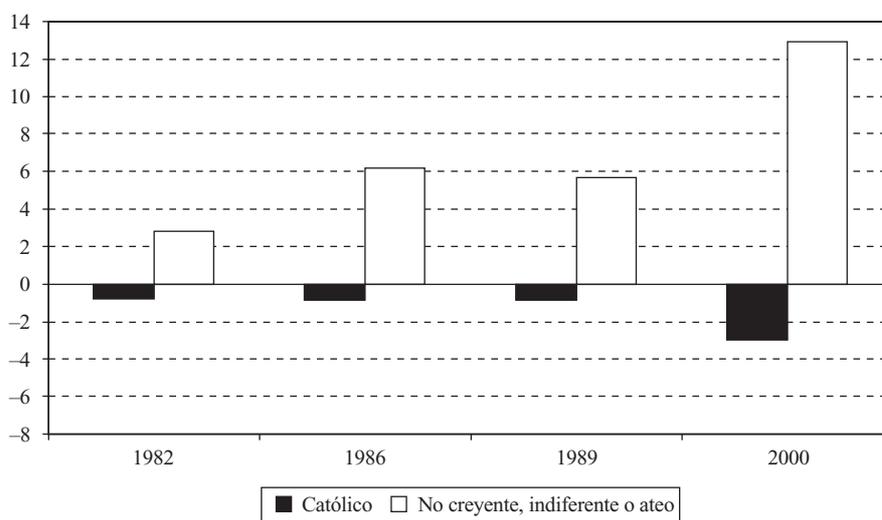
Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

(23) No se pregunta sobre autodefinición religiosa en las encuestas de 1993 y de 1996, mientras que la frecuencia de práctica religiosa sólo se pregunta en los estudios 1986 y 2000. Además, debido a diferentes modos de realización de la encuesta, la comparación de datos del CIS con los de otras entidades debe hacerse con la necesaria prudencia en la interpretación.

2.5.1. Religión y participación electoral

Como se ha puesto de manifiesto en diversos estudios, los que se autodenominan católicos presentan un comportamiento más participativo que los que se declaran no religiosos o indiferentes (24). Ahora bien, a falta de datos comparables sobre las elecciones de 1993 y 1996 el gráfico 14 indica que, en relación a los años 80 (25), la situación en las elecciones generales del 2000 muestra una mayor desmovilización entre los no religiosos paralelamente a una mayor movilización entre los católicos (26).

GRÁFICO 14. *Abstención según religión: desviaciones respecto a la media (% electorales)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

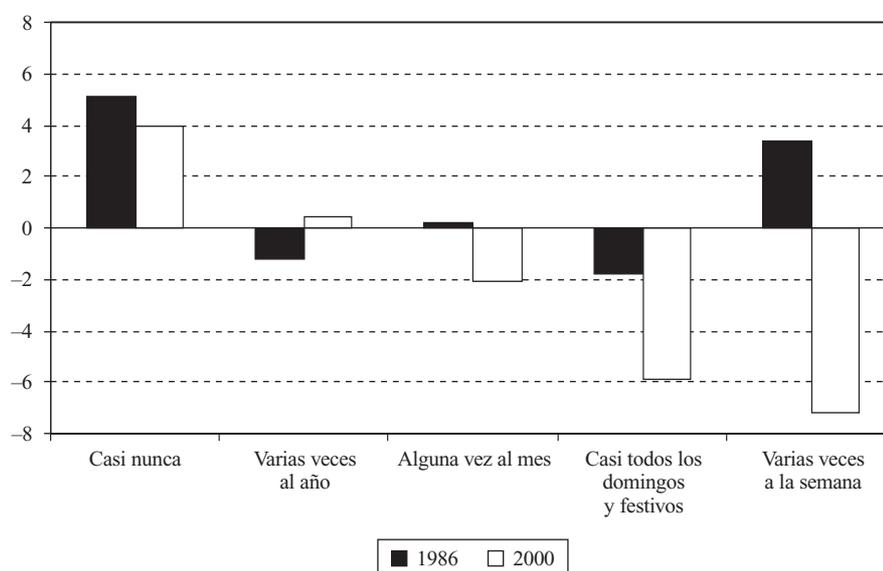
(24) Los católicos constituyen entre un 86 por 100 y un 91 por 100 de los casos de las muestras, así la orientación del voto en este grupo siempre toma valores cercanos a la media. Sin embargo, aunque las diferencias sean pequeñas son significativas. El escaso porcentaje de creyentes de otras religiones (entre un 1 por 100 y un 2 por 100) hace inviable un análisis detallado para este grupo.

(25) Debido al menor número de casos en la muestra los datos de 1982 deben interpretarse con precaución.

(26) Téngase además en cuenta que el nivel de abstención en las elecciones de 1986 y 1989 fue tan sólo ligeramente inferior al que se produjo en las elecciones de 2000.

Por otra parte, entre los que se declaran católicos, la frecuencia de práctica religiosa, así como la implicación en las redes de relación y socialización de contenido católico, parece tener un efecto positivo para la participación electoral. Así en las elecciones del 2000 los católicos que más frecuentemente asisten a los oficios religiosos declaran un porcentaje de abstención claramente inferior al de los que no van casi nunca a la iglesia o lo hacen pocas veces, pauta que, sin embargo, no existe en las elecciones de 1986 (gráfico 15).

GRÁFICO 15. *Abstención según práctica religiosa de los católicos: diferencias respecto a la media (% electores)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

La diferencia más relevante se manifiesta entre los católicos más practicantes, el segundo grupo más abstencionista en 1986 y el menos abstencionista en 2000. Por su parte, también entre los católicos de práctica semanal se produce una importante disminución del abstencionismo. La mayor movilización entre los católicos se ha producido entre los sectores más practicantes, más vinculados a sus mecanismos de socialización. La falta de datos directamente comparables impide ver la evolución de estas pautas a lo largo del tiempo, sin embargo la evidencia presentada aquí sugiere a que el cam-

bio se produce ya en las elecciones de 1993 (27) paralelamente al ascenso del PP cuya capacidad competitiva ofrece entonces incentivos a la movilización de unos electores con clara preferencia, como veremos, por esta opción.

2.5.2. *Religión y orientación del voto*

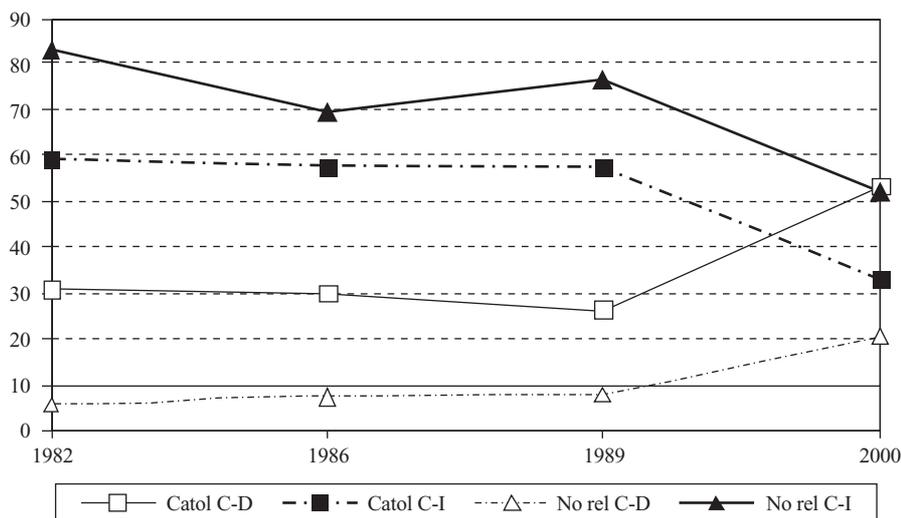
En la literatura relevante se ha puesto de manifiesto la orientación más conservadora del voto de los que se declaran católicos y una orientación más a la izquierda por parte de los no religiosos (Gunther-Sani-Shabad, 1986; Linz, 1986; Montero, 1994). Debe tenerse en cuenta que durante los años 80, en un marco de hegemonía del PSOE y hasta la refundación centrista del PP, la orientación más conservadora de los católicos no se manifestaba en una preponderancia del voto de centro derecha en este grupo de electores, sino en una menor diferencia a favor del centro-izquierda que la que se producía entre los no creyentes. Es decir, que entre los católicos el voto de centro-izquierda (PSOE y PCE/IU) superaba claramente al voto de centro-derecha (AP/CP/PP y UCD/CDS), pero entre los no religiosos la diferencia a favor del centro-izquierda era mucho mayor (gráfico 16).

En este marco evolutivo las elecciones de 2000 presentan una novedad significativa: entre los católicos el porcentaje de voto a las opciones de centro-derecha ha superado claramente al de las opciones de centro-izquierda. Entre los no religiosos, por su parte, las opciones de centro-izquierda continúan siendo claramente mayoritarias pero la amplia ventaja que tenían durante los años 80 se ha reducido notablemente. El gráfico 16 muestra el incremento generalizado del voto de centro-derecha entre 1989-2000, incremento significativamente más elevado entre los católicos que entre los no religiosos (28).

(27) En la encuesta CNEP-1993 el nivel de abstención de los diferentes grupos muestra ya la nueva pauta, puesto que entre los católicos practicantes y los no practicantes la diferencia en el porcentaje de abstencionistas es de cuatro puntos (y seis puntos de diferencia entre los católicos indiferentes y los practicantes). Por su parte, el porcentaje de abstención entre los ateos es diez puntos mayor que entre los católicos practicantes.

(28) Dada la falta de datos plenamente comparables para 1993 y 1996 es difícil asegurar si han sido las de 2000 las primeras elecciones en que se ha producido esta situación. De todas maneras, en función de los datos disponibles, todo parece indicar que entre los católicos la correlación de fuerzas entre centro-izquierda y centro-derecha se habría equilibrado en 1993 y que si bien en 1996 se habría mantenido una situación de equilibrio, el centro-derecha ya habría obtenido una ligera ventaja.

GRÁFICO 16. *Orientación religiosa y voto (por grandes tendencias):
Evolución (% electores) (29)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

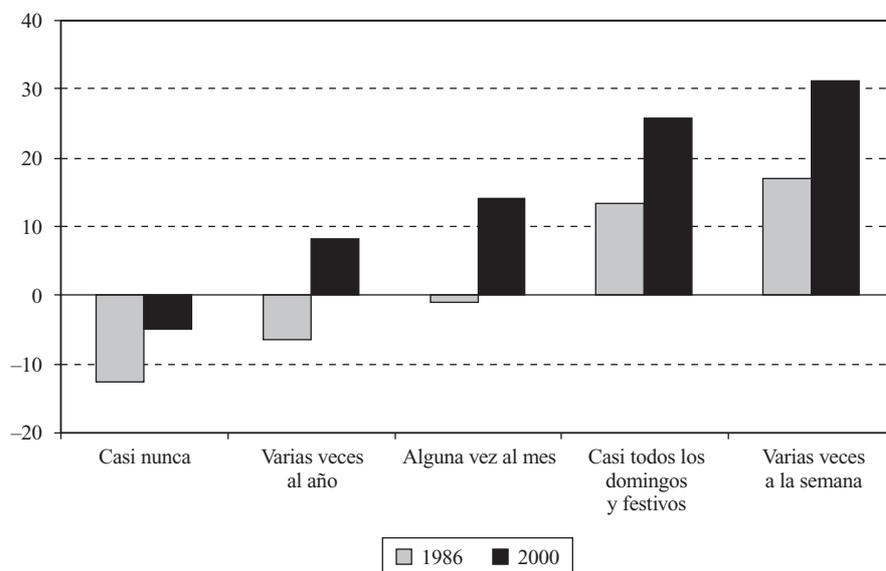
Entre los que se identifican como católicos (la gran mayoría de la muestra) el indicador de frecuencia de práctica religiosa, permite observar diferencias significativas en la orientación del voto. Así, a mayor frecuencia de práctica religiosa más apoyo al PP (gráfico 17). En 1986 el PP obtenía resultados superiores a su media general entre aquellos católicos que iban a misa los domingos y festivos y aquellos que iban con mayor frecuencia. En cambio, sus resultados quedaban por debajo de la media entre aquellos que sólo asistían a misa algunas veces al año, y todavía más bajos entre aquellos que, si bien se identificaban como católicos, declaraban que casi nunca asistían a misa.

En las elecciones de 2000, y en el marco de una evolución electoral favorable a nivel general, el PP obtuvo resultados superiores a su media en todos los grupos excepto entre aquellos que no van nunca o casi nunca a misa (30), entre los cuales, sin embargo, sus resultados no son tan inferiores a la media

(29) El gráfico se basa en la distribución del voto de cada tendencia entre católicos y no creyentes, sin incluir a los creyentes de otras religiones.

(30) Téngase en cuenta que este grupo representa en 2000 el 40 por 100 de los que se declaran católicos.

GRÁFICO 17. *Voto al PP según práctica religiosa: desviaciones respecto a la media (% electores)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

como lo eran en 1986 aunque su avance es algo menor que en los otros grupos (gráfico 17).

En definitiva, la comparación de los datos sugiere que el incremento del voto al PP en las elecciones del 2000 respecto a 1986 fue más fuerte entre los electores católicos y, entre éstos, su avance es mayor entre los electores con un cierto nivel de práctica religiosa, siendo entre los católicos con nula o muy escasa asistencia a misa donde el PP presenta su tasa más baja de incremento (31).

Por su parte, en relación a las dos dimensiones de la variable Religión aquí utilizadas, los perfiles y la dinámica de los apoyos al PSOE y, especialmente de IU son justamente el contrario de las características comentadas en relación al PP.

(31) Los datos indican que este cambio se habría producido fundamentalmente por la absorción del espacio de centro por el PP en porcentaje muy parecido en todos los grupos de práctica religiosa.

En conjunto, en España la implicación en el contexto socializador católico aparece como un catalizador del voto hacia la opción conservadora del PP.

2.6. Clase social y comportamiento electoral

Los estudios sobre la relación entre voto y clase social se ocupan de analizar en qué medida la posición de clase condiciona los intereses de los electores, y por tanto, su decisión de voto. El origen de estos estudios se localiza en el argumento de Lipset y Rokkan, según el cual la confrontación política se centra en varias dimensiones del conflicto político, entre las cuales destacan las que se identifican con la posición objetiva de clase de los individuos, determinada por el tipo de trabajo que realizan, el salario que perciben, su nivel de formación. De esa confrontación, surgen identidades políticas que cristalizan en el tiempo de tal manera que determinados partidos políticos acaban representando los intereses de ciertas clases sociales, destacando la dualidad entre partidos conservadores y partidos obreros (Lipset y Rokkan, 1967).

Los partidos políticos occidentales han ido evolucionando hacia estrategias de apertura a un gran número de colectivos sociales (la estrategia *catch-all*) ¿Quiere ello decir que la clase social ha dejado de ser un factor significativo a la hora de predecir el comportamiento electoral? En la literatura relevante existe un gran debate en torno al concepto de clase y a su relación con el comportamiento político. Por razones de espacio no podemos tratarlo con la profundidad que merece.

La hipótesis del desalineamiento de clase responde afirmativamente a esta cuestión (Franklin *et. al.*, 1992 entre otros) y aporta evidencia de su pérdida de importancia. En cambio, otra corriente comparada ofrece evidencia empírica mostrando que la hipótesis del desalineamiento de clase es exagerada. Ciertamente, una gran cantidad de estudios muestran que la clase (o los grupos determinados por diferencias socioeconómicas) siguen siendo un importante predictor del voto, aunque con variaciones entre países y a lo largo del tiempo (ver, por ejemplo, Evans, 1999 y 2000; Manza *et. al.*, 1995). También en España existen estudios empíricos que muestran que la posición de clase es un determinante no desdeñable del comportamiento electoral, aunque su magnitud cambia a lo largo del tiempo (Cainzos, 2001; González, 1996, 2001; Torcal y Chibber 1995).

En esta sección aportamos evidencia sobre la relación entre voto y clase a lo largo de las elecciones generales celebradas en la democracia española

hasta el año 2000. La operacionalización de la posición de clase se realizará siguiendo el esquema de clases de Eriksson, Goldthorpe y Portocarrero, que utiliza una combinación de la situación laboral y la ocupación para distinguir el tipo de relaciones de empleo que cada posición lleva implícita. En concreto, utilizaremos aquí la versión colapsada del mencionado esquema de clase para facilitar su comparación a lo largo del tiempo, ya que se trata de una variable nominal (32).

2.6.1. *Clase social y participación electoral*

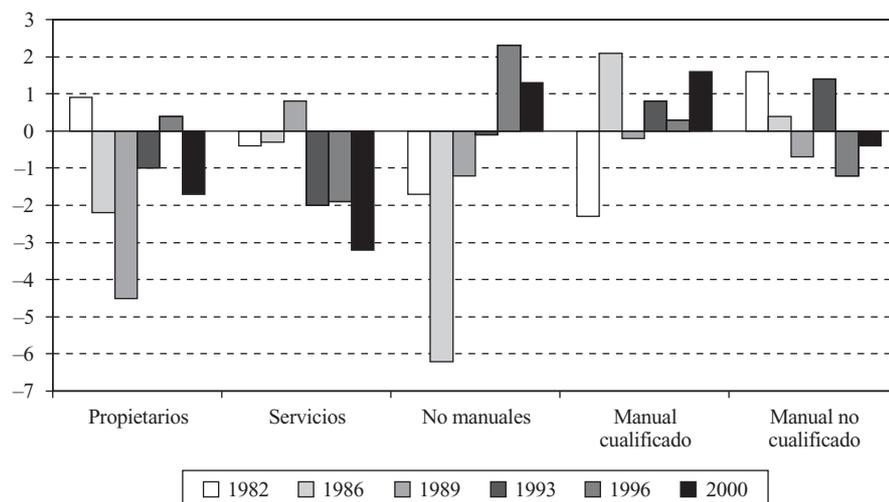
La hipótesis ya mencionada de los recursos económicos y educativos de los individuos sugiere que las clases altas tenderían a abstenerse en menor medida que las clases bajas. El perfil de los abstencionistas según su posición de clase (gráfico 18) muestra una pauta que si bien genéricamente podría decirse que supone cierta evidencia de cumplimiento de la misma, desde luego no en su totalidad.

Así, a lo largo de todo el período analizado tanto las clases de los propietarios como la de servicio son los que muestran un comportamiento más participativo, siguiendo el sentido de la hipótesis. Asimismo los trabajadores manuales cualificados y no cualificados presentan un nivel de abstención superior a la media, tal y como sugiere dicha hipótesis. Si bien esta evidencia no es constante a lo largo del período analizado, puesto que los obreros manuales no cualificados presentan niveles de abstencionismo inferiores a la media en las dos últimas elecciones analizadas aquí.

Por otra parte, como se ha señalado numerosas veces, los partidos obreros de masas han sido un instrumento de movilización del voto de los trabajadores, creando así un incentivo a la participación en elecciones de sentido contrario al derivado de la hipótesis de los recursos. Sin negar esta hipótesis,

(32) La operacionalización de la posición de clase siguiendo este esquema no es fácil para las primeras encuestas postelectorales del CIS. Los códigos ocupacionales de las primeras encuestas, son demasiado generales y proporcionan pocos detalles para reconstruir el esquema. Aun así, se ha intentado construir la variable de clase de la manera más parecida posible al mencionado esquema para las encuestas postelectorales de 1982, 1986, y 1989. Afortunadamente, para el resto de elecciones (1993, 1996, y 2000) el CIS proporciona la información adecuada.

Se ha reconstruido la posición de clase de los ocupados y antiguos ocupados (parados y jubilados) a partir de su ocupación y su situación laboral actual o última. Para aquellos que no trabajan y no han trabajado nunca (amas de casa, estudiantes, o buscadores del primer empleo), se les imputa una posición de clase a partir de la situación del cabeza de familia del que dependen.

GRÁFICO 18. *Abstención según clase: desviación con respecto a la media (% electorales)*

Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

en nuestro caso deberíamos explicar porqué la movilización de partido ha sido suficiente para contrarrestar el efecto de la hipótesis de los recursos en el caso de los trabajadores manuales no cualificados, pero en cambio no lo ha sido para los manuales cualificados entre los cuales, como veremos más adelante, tanto el PSOE como IU obtienen resultados superiores a la media.

En conjunto, las diferencias en el comportamiento participativo/abstencionista según la clase social y sus pautas de evolución, presentan una cierta irregularidad si bien muestran una tendencia a menor abstencionismo entre las clases con mayores recursos. De todas maneras la idea principal que muestra la serie evolutiva es que la clase social no presenta una gran capacidad de discriminación del comportamiento participativo/abstencionista: las diferencias respecto a la media tan sólo en contadas ocasiones se sitúan fuera del intervalo entre +2 y -2 puntos con respecto a la media.

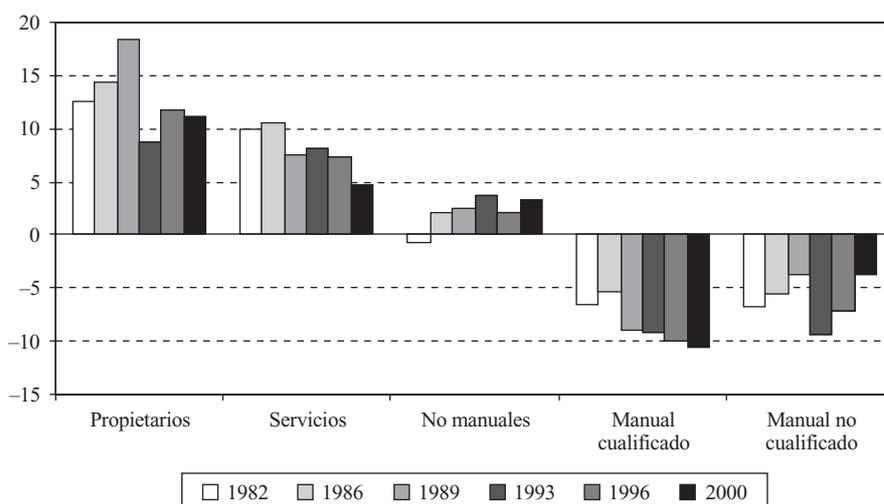
2.6.1. Clase social y orientación del voto

Una mera comparación visual de los perfiles de los partidos representados en los gráficos 19, 20 y 21, expresa claramente el carácter antagónico de

los apoyos del PP y del PSOE según la clase social de los electores. Además, las diferencias respecto a la media que presentan los apoyos electorales en las distintas clases son notables y se sitúan a menudo alrededor de 10 puntos (positivos o negativos, según sea el caso).

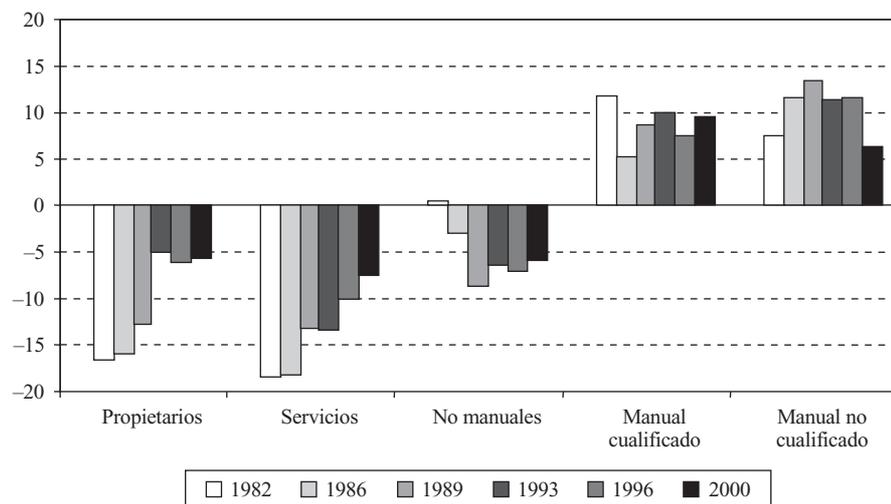
Así, el PP (gráfico 19) ha obtenido a lo largo del período analizado aquí apoyos superiores a la media entre los propietarios, la clase de servicio y, en menor grado, trabajadores no manuales, quedando por debajo entre los manuales cualificados y los manuales no cualificados. Este perfil se repite sistemáticamente desde 1982, en un marco de ganancia de apoyos electorales en todas las clases desde inicios de los 90 que no altera su perfil.

GRÁFICO 19. *Voto AP-PP según clases: desviaciones respecto a la media (% electorales)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

En cambio, el perfil del PSOE (gráfico 20) es totalmente opuesto, obteniendo apoyos superiores a la media entre las clases trabajadoras manuales (cualificados y no cualificados). Las clases propietaria y de servicio, por el contrario, presentan una clara propensión negativa al voto socialista, así como también, pero en menor grado, los trabajadores no manuales. Como se aprecia en el gráfico 20, esta pauta es relativamente estable para todas las elecciones generales, aunque su magnitud cambia a lo largo del tiempo presentando una tendencia a la reducción de la magnitud de las mismas.

GRÁFICO 20. *Voto PSOE según clases: desviaciones respecto a la media (% electorales)*

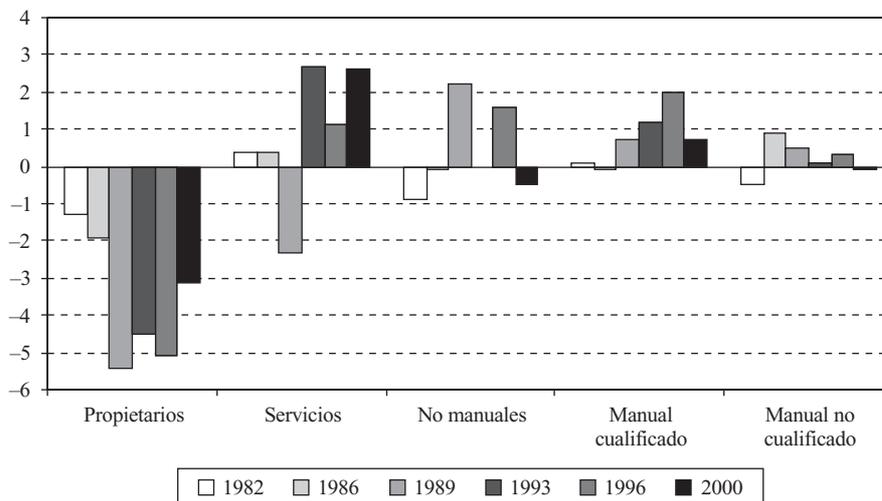
Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

El perfil de clase de los votantes del PCE/IU aparece menos nítido que el de PP y PSOE, con diferencias respecto a la media que en la mayoría de los casos es inferior a +2 y -2 puntos (gráfico 21). Con la excepción de sus apoyos inferiores a la media entre los propietarios mantiene un perfil relativamente homogéneo para el resto de clases.

Sin duda su bajo nivel de implantación general está relacionado con la reducida magnitud de sus diferencias respecto a la media. Sin embargo, esta homogeneidad contrasta con el perfil de clase que se esperaría de una opción de izquierdas, no obteniendo apoyos superiores a la media entre los trabajadores pero obteniendo resultados incluso superiores a la media entre la clase de servicio. Se trata de un electorado con elevado nivel de cualificación pero relativamente heterogéneo por lo que se refiere a su situación socioeconómica y a sus valores, un sector del cual se siente atraído por la propuesta de IU, orientada en el sentido de la «nueva política» (Dalton, 1996).

En definitiva, por lo que se refiere al efecto de la posición objetiva de clase en las opciones de voto podemos destacar en primer lugar que todos los principales partidos encuentran apoyos en todos los grupos de clase. Pero estos apoyos no se reparten homogéneamente entre los partidos y existen claras diferencias en el perfil de clase de los electores de los dos principales

GRÁFICO 21. *Voto PCE-IU según clases: desviaciones respecto a la media (% electorales)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas poselectorales del CIS.

partidos. En todo caso, la evolución a lo largo del tiempo sugiere una cierta tendencia a la disminución de la magnitud del voto de clase.

3. EL PAPEL DE LAS VARIABLES SOCIOESTRUCTURALES EN LA DECISIÓN DE VOTO EN COMPARACIÓN CON OTRAS VARIABLES: UNA PERSPECTIVA INTEGRAL

Hasta aquí hemos presentado en forma bivalente la relación empírica entre cada una de las características socioestructurales de los ciudadanos y su comportamiento electoral declarado. Sin embargo, no hemos analizado el papel explicativo de cada una de estas variables en la decisión de voto considerándolas todas en conjunto, de forma simultánea, a través de técnicas multivariantes. Esto es precisamente lo que hacemos en este apartado, en el que utilizamos un proceso de modelización por etapas. En primer lugar, se estiman tres modelos independientes de voto. En el primero se utilizan variables explicativas socio-estructurales, en el segundo variables de identificación política y, en el tercero, variables de opinión política sobre cuestiones coyunturales. Finalmente, se combinan los tres grupos de variables en un único

modelo, a fin de contrastar qué efectos se mantienen y, por tanto, cabe considerar como efectos directos, y cuáles desaparecen debido a su relación con otras variables explicativas de tipo ideológico o valorativo.

Para ello hemos realizado un análisis multivariante del voto y la abstención en las elecciones generales de 2000 (33) incluyendo las variables que la literatura sobre comportamiento electoral considera importantes en la predicción de la abstención y de la orientación del voto para estimar los cuatro modelos en cada caso.

El Modelo 1 comprende las variables socioestructurales analizadas a lo largo de este capítulo, como son el género, la edad, el nivel educativo, la clase social y la religión, más el nivel de ingresos.

El Modelo 2 comprende las variables actitudinales de identificación/orientación política: ideología y proximidad a partidos. El papel de las orientaciones políticas estables, y especialmente el de la identificación de los electores con un partido en concreto, ha sido protagonista destacado en los estudios electorales desde su introducción por la escuela de Michigan, que convertía esta variable en la pieza central de su modelo de decisión de voto (Campbell *et al.*, 1960). En su planteamiento, la identificación del votante con un partido, formada a través del entorno o la pertenencia a un grupo social determinado, ejerce una doble influencia sobre el voto: la primera es directa y se produce a través del nexo afectivo que se desarrolla entre el votante y su partido, mientras que la segunda es indirecta y funciona como una especie de filtro o sesgo a través del cual los electores con identificación partidista opinan, evalúan, y/o deciden acerca de lo político. En la Europa continental, con sistemas de partidos muy diferentes del de EEUU, los estudios electorales han otorgado un papel central a la identificación ideológica izquierda-derecha que además muestra una mayor capacidad explicativa de la varianza en el comportamiento electoral a medida que disminuye el de los cleavages tradicionales (Franklin *et al.*, 1992; Gunther-Montero, 2001). Complementariamente, dado el carácter genérico de la orientación ideológica y la existencia habitual de contextos pluripartidistas, a menudo se han uti-

(33) La encuesta postelectoral de 2000 es la más completa y sistemática de todas las utilizadas en este trabajo por lo que se refiere a las variables actitudinales que incluyen en el cuestionario. Asimismo, se trata de una encuesta panel, por lo que parte de las variables actitudinales elegidas (como las que aquí hemos denominado de coyuntura en el modelo 3) han sido medidas en el momento preelectoral, mientras que la variable dependiente que estimamos es el recuerdo de voto, medida en el momento postelectoral. Esto confiere mayor credibilidad al análisis, pues cuando se miden al mismo tiempo las actitudes y el voto, existe el riesgo de racionalización de las actitudes para justificar la opción de voto declarada por el entrevistado en la misma entrevista.

lizado indicadores de «Proximidad a partidos», a fin de poder concretar mejor la relación entre las orientaciones subjetivas y la opción de voto (Richardson, 1991; Sinnot, 1998; Barnes *et al.*, 1985).

El Modelo 3 comprende las variables coyunturales tales como las relacionadas con la campaña, la evaluación de la gestión de gobierno, la valoración de la situación política y económica, o la valoración de candidatos, entre otras. Se trata de variables introducidas en su momento por el modelo de Michigan y que también son el núcleo central en los modelos de «voto por temas» (*issue voting*), así como de los que enfatizan el papel de los candidatos. En el primer caso, las percepciones sobre los temas específicos de cada elección pueden alterar el llamado «voto normal», es decir, el voto esperado en función de la identificación partidista (Campbell, *et al.*, 1960). En el segundo caso, nos encontramos ante modelos basados en sistemas de actitudes no organizados, al menos principalmente, sobre criterios de identificación partidista o ideológica, y en el marco de los cuales las opiniones sobre los temas que se han convertido en relevantes en una elección son guía fundamental en la decisión de voto (RePass, 1971; Margolis, 1977; MacDonald *et al.*, 1991; Fraile, 2005). Por su parte, en el marco de la relevancia atribuida al papel de los *mass media* y de la personalización de la política otra corriente de estudios ha situado la percepción de los candidatos en el centro de la discusión sobre la decisión de voto (van Wijten, 2000; Lodge *et al.*, 1995; Wattenberg, 1991; Rico, 2002; Justel, 1992).

Finalmente, el Modelo 4 constituye la ecuación completa que especifica todas y cada una de las variables correspondientes a los tres modelos anteriores.

Para estos cuatro modelos se ha aplicado la técnica de la regresión logística multinomial para estimar la probabilidad de abstenerse frente a la de votar (tabla 1), la probabilidad de votar a PP frente a la de votar a PSOE (tabla 2) y la de votar PP frente a IU (tabla 3). Algunas de las variables incluidas en los modelos iniciales no son significativas y otras, que sí lo son, pierden la significatividad cuando se incluyen en el modelo completo (34). Por este motivo, algunas variables podrían ser excluidas en un ulterior proceso de refinamiento. Sin embargo, a fin de facilitar la comparación, se ha optado por presentar los modelos con todas las variables utilizadas, sin excluir las que han resultado ser no significativas (35).

(34) Los contrastes de multicolinealidad indican ausencia de ese problema entre el grupo de variables socioestructurales: los factores de inflación de la varianza oscilan entre 1,1 y 2,7, valores muy alejados de los que indican problemas de multicolinealidad.

(35) Las medidas de eficiencia de los modelos como la R^2_{LA} , que toma en consideración los grados de libertad, podrían mejorar con la exclusión de las variables no significativas. Sin

TABLA 1. *Predicción de la abstención frente al voto (ecuación logit binomial)*

	Modelo logístico de predicción de la abstención			
	Modelo 1 Socioestructural	Modelo 2 Identificación	Modelo 3 Coyuntura	Modelo 4 Completo
Intersección	-1,070	-1,748***	-4,116***	-3,243***
Género (1=hombre)	-0,353**			0,083
Práctica religiosa católica	-0,178***			-0,041
Estudios	-0,079			-0,104
Nivel de ingresos	-0,089+			-0,039
COHORTE (cat. Ref. 1975 y más)				
Cohorte 1 (antes de 1930)	-0,782***			-0,760+
Cohorte 2 (1930-1944)	-1,400***			-1,586***
Cohorte 3 (1945-1959)	-1,110***			1,382***
Cohorte 4 (1960-1974)	-0,785***			-0,441+
CLASE (Cat. ref.: Manual cualificado)				
Propietario	0,321+			0,287
Clase servicio	-0,016			0,085
Trabajador no manual	0,074			0,111
Trabajador manual no cualificado	0,097			-0,272
Extremismo ideológico		0,006		-0,018
Proximidad a un partido		-0,099***		-0,780***
Tamaño de hábitat		0,026***		0,158**
Ha sido contactado por partidos en campaña			-0,347*	-0,417+
Satisfacción con el func. de la democracia			0,281**	0,450*
Valorac. Situación Pol.			0,398***	0,221
Valorc. Económica actual			0,225*	0,064
Valorc. Económica futuro			0,024	0,061
Valoración Almunia <i>versus</i> Aznar			-0,083***	-0,117**
Valoración Frutos <i>versus</i> Aznar			0,059*	0,097*
N	2.693	1.568	2.537	1.413
Chi-cuadrado del modelo	96,083	120,484	105,824	92,566
Grados de libertad	12	3	7	22
Capacidad predictiva (% global aciertos)	85,8	85,5	85,7	91,2
R ² _{LA}	0,046	0,257	0,051	0,129

+ Significativo al nivel $\alpha = 0,10$; * al nivel $\alpha = 0,05$; ** al nivel $\alpha = 0,01$; *** al nivel $\alpha = 0,001$.

Fuente: Estudio CIS Panel 2382-2384.

En la predicción de la abstención frente al voto (tabla 1) los modelos 1, 2 y 3 no presentan diferencias importantes por lo que respecta a su capacidad predictiva, ligeramente superior al 85 por 100 en todos los casos. Como cabía esperar, el modelo 4, que incluye todas las variables, tiene una capacidad predictiva algo superior (91 por 100). En este modelo se mantiene la signifi-

embargo, la capacidad predictiva de los mismos, medida a través del porcentaje de aciertos de predicción, se mantendría inalterable.

TABLA 2. Predicción del voto a PP frente a PSOE (ecuación logit multinomial, I)

	Modelo de voto PP frente a PSOE			
	Modelo 1 Socioestructural	Modelo 2 Identificación	Modelo 3 Coyuntura	Modelo 4 Completo
Intersección	-1,794***	-4,138***	6,463***	-0,841
Género (1=hombre)	0,445***	0,002		-0,231
Práctica religiosa católica	0,499***			0,193
Estudios	0,183**			0,152
Nivel de ingresos	0,006			0,006
COHORTE (cat. Ref. 1975 y más)				
Cohorte 1 (antes de 1930)	-0,146			0,119
Cohorte 2 (1930-1944)	0,197			0,271
Cohorte 3 (1945-1959)	-0,117			0,504
Cohorte 4 (1960-1974)	0,113			0,281
CLASE (Cat. ref.: Manual cualificado)				
Propietario	1,000***			0,677
Clase servicio	0,920***			0,487
Trabajador no manual	1,134***			0,980*
Trabajador manual no cualificado	0,244*			0,302
Ideología		0,975***		0,854***
Distancia al PSOE		0,251***		0,266***
Distancia al PP		-0,138***		-0,008***
Distancia a IU		0,003*		0,005*
Tamaño de hábitat		0,002		-0,002
Valorac. Situación Pol.			-0,782***	-0,654**
Valorac. Económica actual			-0,387***	-0,277
Valorac. Económica futuro			-1,169***	-0,778***
Valoración Almunia versus Aznar			-0,460***	-0,385***
Valoración Frutos versus Aznar			-0,006	0,002
N	2.693	3.206	2.392	1.228
Chi-cuadrado del modelo	413,250***	2.634,472***	1.804,378***	1.353,459***
Grados de libertad	36	15	15	66
Capacidad predictiva (% global aciertos)	49,3%	65,0%	63,6%	73,9%
R ² _{LA}	0,073	0,382	0,370	0,417

* Significativo al nivel $\alpha = 0,05$; ** al nivel $\alpha = 0,01$; *** al nivel $\alpha = 0,001$.

Fuente: Estudio CIS Panel 2382-2384.

catividad de la edad, el tamaño del hábitat, el grado de cercanía a cualquier partido, la valoración de los líderes, la satisfacción con la democracia y el efecto de la campaña electoral. Por lo que respecta a la eficiencia, la de los modelos 1,3 y 4 resulta similar. Sin embargo, destaca como más eficiente el modelo 2, basado en las identificaciones, pues con sólo tres variables explicativas obtiene una capacidad predictiva similar a la de los demás.

Por lo que se refiere a cómo se comportan conjuntamente las variables socioestructurales, la clase social, el nivel de estudios y el nivel de ingresos

resultan ser no significativas para la participación/abstención, mientras que las demás se comportan de la manera esperada. Es decir: los hombres se abstienen menos que las mujeres, a mayor práctica religiosa menor abstención, las cohortes 2 y 3 (generaciones de la «postguerra» y de «mayo del 68») se abstienen menos que las cohortes 1 y 4 (generaciones de la «guerra» y de la «transición») y éstas menos que los de la cohorte 5 (generación de la «democracia»). Además, las cohortes generacionales son las únicas variables socioestructurales que siguen siendo significativas en el modelo completo para la participación/abstención.

Pasemos ahora a comentar la estimación del voto que se puede leer en las tablas 2 y 3. El modelo 1, compuesto por variables socioestructurales, presenta coeficientes significativos para la mayoría de las variables. Para el caso del voto al PP frente al PSOE (tabla 2), ser hombre, la práctica religiosa, y tener más estudios parece propiciar una mayor propensión hacia el voto conservador. Asimismo, las clases propietarias, de servicio y trabajadores no manuales votan significativamente más al PP que al PSOE que los obreros manuales cualificados. Sin embargo, no resultan significativas la edad y el nivel de ingresos. Para el caso del contraste entre voto al PP *versus* voto a IU (tabla 3), la práctica religiosa católica propicia el voto conservador, mientras que la influencia de la educación se invierte y la probabilidad de votar PP frente a IU disminuye al aumentar el nivel educativo. También en este caso las clases propietarias, de servicio y trabajadores no manuales votan significativamente más a PP que a IU, sin que tampoco edad o nivel de ingresos resulten significativas.

El modelo 2 que operacionaliza la proximidad de partido junto al eje ideológico y el hábitat rural-urbano arroja coeficientes significativos para la ideología y la distancia ideológica respecto a los dos partidos: cuanto más a la derecha y más distante esté el elector del PSOE, más probablemente votará al PP (tabla 2). Lo mismo ocurre para la comparación entre voto a PP e IU (tabla 3).

Por su parte en el modelo 3, que incluye las opiniones de los individuos frente a la coyuntura política, de nuevo todas las variables resultan ser significativas para determinar el voto a PP frente a PSOE o IU.

¿Qué ocurre cuando especificamos un modelo completo, que incluya simultáneamente todas las variables mencionadas? Evidentemente la capacidad predictiva del modelo aumenta, pero no todas las variables resultan ser estadísticamente significativas. Como se puede apreciar en el modelo 4 de las tablas 2 y 3, casi ninguna de las variables socioestructurales parece tener una incidencia significativa en el voto al PP frente a PSOE o IU. La única excepción es la de los trabajadores no manuales, que votan significativa-

TABLA 3. Predicción del voto a PP frente a IU (ecuación logit multinomial, II)

	Modelo de voto PP frente a IU			
	Modelo 1 Socioestructural	Modelo 2 Identificación	Modelo 3 Coyuntura	Modelo 4 Completo
Intersección.	1,049*	-3,413***	7,415***	-1,059
Género (1=hombre)	0,009			-0,004
Práctica religiosa católica.	0,568***			0,268
Estudios	-0,259*			-0,196
Nivel de ingresos.	0,001			0,007
COHORTE (cat. Ref. 1975 y más)				
Cohorte 1 (antes de 1930)	0,732			-0,246
Cohorte 2 (1930-1944)	0,389			0,502
Cohorte 3 (1945-1959)	-0,483			-0,345
Cohorte 4 (1960-1974)	-2,853			0,215
CLASE (Cat. ref.: Manual cualificado)				
Propietario.	1,550**			0,667
Clase servicio	0,736*			0,522
Trabajador no manual	0,819**			0,644
Trabajador manual no cualificado.	0,222			0,371
Ideología.		1,422***		1,534***
Distancia al PSOE.		0,000		0,002
Distancia al PP		-0,113***		-0,005**
Distancia a IU.		0,115***		0,001
Tamaño de hábitat -0,175***		-0,229*		
Valorac. Situación Pol.			-0,984***	-0,636*
Valorac. Económica actual			-0,394*	0,000
Valorac. Económica futuro			-0,993***	-0,781*
Valoración Almunia versus Aznar			0,000	0,001
Valoración Frutos versus Aznar			-0,525***	-0,409***
N	2.693	3.206	2.392	1.228
Chi-cuadrado del modelo.	413,250***	2.634,472***	1.804,378***	1.353,459***
Grados de libertad.	36	15	15	66
Capacidad predictiva (% global aciertos)	49,3%	65,0%	63,6%	73,9%
R ² _{LA}	0,073	0,382	0,370	0,417

* Significativo al nivel $\alpha = 0,05$; ** al nivel $\alpha = 0,01$; *** al nivel $\alpha = 0,001$.

Fuente: Estudio CIS Panel 2382-2384.

mente más a PP que al PSOE. Las variables que mantienen su efecto significativo son las que operacionalizan la dimensión ideológica y la coyuntura política.

Ello indica que las variables socioestructurales no tienen una incidencia directa en el voto sino que su efecto queda mediatizado por las variables de identificación y de coyuntura. Generalmente el primer grupo de variables contribuye a determinar las actitudes de los individuos y sus opiniones acerca de la coyuntura política. En pocas palabras, las variables socioestructurales influyen en las opiniones subjetivas, y estas a su vez en el voto. Las va-

riables subjetivas predominan sobre las objetivas porque la decisión de voto, a su vez, es también de naturaleza subjetiva (36).

Hasta aquí las consideraciones respecto al rol explicativo de las variables socioestructurales en comparación con las otras explicaciones del voto. Incluimos a continuación un breve resumen de los resultados de este análisis a modo de conclusión.

4. CONCLUSIONES

Una larga tradición de estudios empíricos ha mostrado las relaciones entre determinadas variables socioestructurales y el comportamiento electoral, y ha seguido su evolución para contrastar el mantenimiento o no de las hipótesis y explicaciones que las habían hecho relevantes. Situando el comportamiento hasta las elecciones generales españolas de 2000 en perspectiva evolutiva, hemos analizado hasta qué punto el comportamiento electoral presentaba rasgos diferenciados entre las categorías de las diferentes variables. Ello nos ha permitido caracterizar los alineamientos electorales, las clientelas de los partidos, proporcionando así una contribución a la explicación de los cambios electorales registrados desde las elecciones de 1982 hasta las del 2000.

En el marco de la desaparición de las diferencias de comportamiento según el *género* que se habían observado a nivel comparado hasta finales de los años 60, mujeres y hombres presentan en España parecidas pautas de comportamiento desde inicios de los 80. Las categorías de género no definen ya diferencias entre los electorados, apareciendo como variable no relevante —al menos en solitario— para el comportamiento electoral.

La *edad* se mantiene como elemento significativo para predecir la participación electoral, con la importante tasa de abstención entre los jóvenes y el mantenimiento de «la vida electoral» hasta edades más avanzadas que anteriormente. En cambio, es muy poco relevante para la orientación del voto en relación a la cual no hay grandes diferencias si bien se detecta el mantenimiento de la orientación más a la izquierda de la generación del «68» y de la «transición». Por su parte, si bien el PP presenta un perfil de edad más basado en los grupos mayores de 55 años que los otros partidos, se manifiesta

(36) La diferente naturaleza de estas variables se manifiesta también en su medición. A diferencia de las variables actitudinales, las variables sociodemográficas corresponden a características del entrevistado que se definen de forma objetiva, por lo que en principio no adolecen del problema de fiabilidad del comportamiento verbal que sí sufren, en cambio, las opiniones subjetivas cuando éstas se miden a través de la encuesta social.

igualmente una tendencia al alineamiento con el partido en el gobierno de los grupos de edad mayores de 65 años.

En el limitado planteamiento de análisis de este trabajo, el *nivel de estudios* no muestra capacidad para estructurar los alineamientos o para definir clientelas diferenciadas de los partidos. Posiblemente en combinación con otras variables como género o edad pueda ofrecer mayor capacidad de diferenciación. Pero este tipo de estudio desborda los límites de este trabajo.

A pesar del proceso de secularización, la *religión y la práctica religiosa* continúan mostrando su relación con los alineamientos electorales, orientándose preferentemente hacia el centro-derecha los católicos con al menos cierta frecuencia de asistencia a misa, mientras que los no creyentes o los católicos no practicantes se orientan más hacia las opciones electorales del centro-izquierda.

También la *clase social*, continúa mostrando su relación con los alineamientos electorales. El PP encuentra más apoyos que el PSOE entre las clases más favorecidas —propietarios y clase de servicio— mientras los de PSOE se localizan en la clase trabajadora manual, cualificada y no cualificada. Por su parte, la falta de contraste de clase en el electorado de IU parece encontrar una explicación en los esquemas de la Nueva Política.

En conjunto, del estudio realizado se desprende que las variables socio-demográficas siguen teniendo su importancia a la hora de determinar el comportamiento electoral. Incluso a pesar de perder significatividad estadística cuando se especifican en una ecuación de predicción del voto junto a variables actitudinales, las socioestructurales están en la base de todo análisis del comportamiento electoral y pueden considerarse como determinantes «objetivos» e «indirectos» del voto. Objetivos porque corresponden a características del entrevistado que se definen de forma objetiva, y cuya medición a través de encuesta resulta más fiable que en el caso de las opiniones subjetivas. E indirectos porque, a su vez, influyen en la formación de las opiniones subjetivas. De ahí que, a pesar de su modesto papel de «variables de control» que suelen cumplir en la mayoría de los estudios electorales que se han publicado en España en las dos últimas décadas, se trate de variables que no pueden faltar en ningún análisis del comportamiento político y electoral.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDUIZA, E. (1999): *¿Individuos o sistemas?*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- BAR, A. (1982): «Los factores sociodemográficos de la participación política en España», *Revista de Estudios Políticos*, 27.

- BARNES, S. H., P. McDONOUGH y A. LÓPEZ-PINA (1985): «The Development of Partisanship in New Democracies: The Case of Spain», *American Journal of Political Science*, 29-4.
- BOIX, C. y C. RIBA (2000): «Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas: recursos individuales, movilización estratégica e instituciones electorales», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90, 95-128.
- BROUGHTON, D. y H. M. NAIPEL (eds.) (2000): *Religión and Mass Electoral behaviour in Europe*, Routledge, Londres.
- CAINZOS, M. A. (2001): «La evolución del voto clasista en España, 1986-2000», *Zona Abierta*, 96/97, 91-171.
- CALVO, K. y J. R. MONTERO (2002): «Cuando ser conservador ya no es un problema: religiosidad, ideología y voto en las elecciones generales del 2000», *Revista Española de Ciencia Política*, 6, 17-56.
- CAMPBELL, A., P. CONVERSE, W. MILLER y D. STOKES (1960): *The American Voter*, Wiley, Nueva York.
- CLARK, T. N. y S. M. LIPSET (eds.) (2001): *The breakdown of class politics: A debate on postindustrial stratification*, Woodrow Wilson Center Press, Washington.
- CREWE, I., T. FOX y J. ALT (1977): «Non Voting in Britain General Elections 1966-1974», *British Political Sociology Yearbook*, 3.
- DALTON, R. (2002): *Citizen Politics. Public Opinion and Political Parties in Advanced Western Democracies*, Chatham House Pubs./Seven Bridges Press, 3.^a ed., Nueva York.
- DALTON, R., S. FLANAGAN y P. BECK (1984): *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies*, Princeton University Press, Princeton.
- DE VAUS, D. y I. McALLISTER (1989): «The Changing Politics of Women: Gender and Political Alignments in 11 Nations», *European Journal of Political Research*, 17, 241-262.
- DOGAN, M. y J. NARBONNE (1955): *Les françaises face à la politique. Comportement politique et condition sociale*, Armand Colin, París.
- ERICKSON, L. y B. O'NEILLI (2002): «The Gender Gap and the changing Woman Voter in Canada», *International Political Science Review*, 23-4, 373-392.
- EVANS, G. (ed.) (1999): *The end of class politics? Class voting in comparative perspective*, Oxford University Press, Oxford.
- EVANS, G. (2000): «The continued significance of class voting», *Annual Review of Political Science*, 3, 401-417.
- FEDDERSEN, T. J. y W. PESENDOFER (1996): «The swing voter's curse», *American Economic Review*, 86-3, 408-424.
- FELDKIRCHER, M. (1998): «Religious orientations and church attendance», en J. W. VAN DETH (ed.), *Comparative politics. The problem of equivalence*, Routledge, Londres.
- FRAILE, M. (2005): *Cuando la economía entra en las urnas: el voto económico en España (1979-1996)*, CIS, Madrid.

- FRANKLIN, M. N. (2004): *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies Since 1945*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FRANKLIN, M. N., T. MACKIE, H. VALEN *et. al.* (1992): *Electoral Change: Responses to Evolving Social and attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GARCÍA ESCRIBANO, J. J. y L. FRUTOS (1999): «Mujeres, hombres y participación política. Buscando las diferencias», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 86, 307-329.
- GONZÁLEZ, J. (1996): «Clases, ciudadanos y clases de ciudadanos», *Revista Española de Investigaciones Científicas*, 74, 45-76.
- (2001): «Clases, cohortes, partidos y elecciones: qué sabemos de la experiencia española (1986-1996) y qué podemos aprender de ella», *Revista Internacional de Sociología*, 29, 1-23.
- (2004): «Las bases sociales de la política española», *Revista Española de Sociología*, 4, 119-142.
- GUNTHER, R. y J. R. MONTERO (2001): «The anchors of partisanship: a comparative analysis of voting behavior in four southern European democracies», en P. NIKIFOROS DIAMANDOUROS y R. GUNTHER (eds.), *Parties, politics, and democracy in the new southern Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- HARROP, M. y W. L. MILLER (1987): *Elections and Voters. A comparative introduction*, New Amsterdam Books, Nueva York.
- HEATH, A., R. JOWELL y J. CURTICE (1985): *How Britain Votes*, Pergamon Press, Oxford.
- INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1998): *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid (es traducción al castellano del original en inglés: *Modernization and Posmodernization*, Princeton University Press, Princeton, 1997).
- INGLEHART, R. y P. NORRIS (2000): «The Developmental Theory of the Gender Gap: Women's and Men's Voting Behavior in Global Perspective», *International Political Science Review*, 21-4, 441-463.
- JUSTEL, M. (1995): *La abstención electoral en España, 1977-93*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1992): «El líder como factor de decisión y explicación de voto», *Working Papers*, 51, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona.
- LANCELOT, A. (1968): *L'abstentionnisme électoral*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.
- KINGSTON, P. W., R. HUBBARD, B. LAPP, P. SCHROEDER y J. WILSON (2003): «Why Education Matters», *Sociology of Education*, 76, 53-70.
- LAZARSELD, P., B. BERELSON y H. GAUDET (1944): *The People's Choice*, Columbia University Press, Nueva York.

- LINZ, J. J. (1993): «Religión y política en España», en R. DÍAZ-SALAZAR y S. GINER (eds.), *Religión y sociedad en España*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- LINZ, J. J., M. GÓMEZ-REINO y D. VILA (1981): *Informe sociológico sobre el cambio político en España (1975-1981)*, Fundación FOESSA-Ed. Euramérica, Madrid.
- LIPSET, S. M. y S. ROKKAN (eds.) (1967): *Party Systems and Voter Alignments*, Free Press, Nueva York.
- LODGE, M., M. R. STEENBERGEN y S. BRAU (1995): «The responsive voter: campaign information and the dynamics of candidate evaluation», *American Political Science Review*, 89.
- LÓPEZ PINA, A., P. A. McDONOUGH y S. H. BARNES (1981): «España en conflicto (I): bases populares de la derecha, el centro y la izquierda», *Revista de Política Comparada*, 6.
- MACDONALD, S. E., G. RABINOWITZ y O. LISTAUGH (1991): «Issues and party support in multiparty systems», *American Political Science Review*, 85, págs. 1107-1131.
- MANHEIMER, R. y G. SANI (1987): *Il mercato elettorale. Identikit dell'elettore italiano*, Il Mulino, Bologna.
- MANZA, J., M. HOUT, y C. BROOKS (1995): «Class voting in capitalist democracies since World War II», *Annual Review of Sociology*, 21, 137-162.
- MARAVALL, J. M. (1981): *La política de la transición*, Ed. Taurus, Madrid.
- MARGOLIS, M. (1977): «From Confusion to Confusion: Issues and the American Voter (1956-1972)», *American Political Science Review*, 71, 31-43.
- MAYER, L. y R. E. SMITH (1995): «Feminism and Religiosity: Female Electoral Behavior in Western Europe», en S. BASHKEVIN (ed.), *Women and Politics in Western Europe*, Frank Cass, Londres.
- MICHELAT, G. y M. SIMON (1977): *Classe, religion et comportement politique*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques - Les Editions Sociales, París.
- MONTERO, J. R. (1994): «Religiosidad, ideología y voto en España», *Revista de Estudios Políticos*, 83, 77-111.
- MOSSUZ-LAVAU, J. (1985): «Le vote des femmes en France: 1945-84», en D. GAXIE (dir.): *L'explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, págs. 209-227.
- NIE, N. H., J. JUNN y K. STEHLIK-BARRY (1996): *Education and Democratic Citizenship in America*, Chicago University Press, Chicago.
- NORRIS, P. (1985): «The Gender Gap: America and Britain», *Parliamentary Affairs*, vol. 38, 192-201.
- PERCHERON, A. (1985): «Age, cycle de vie, génération, période et comportement électoral», en D. GAXIE (ed.), *L'explication du vote. Un bilan des études électorales en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, págs. 228-261.
- RANDALL, V. (1982): *Women and Politics*, Macmillan, Londres.
- REPASS, R. (1971): «Issue Salience and Party Choice», *American Political Science Review*, 65, 389-400.

- RICHARDSON, B. (1991): «European party loyalties revisited», *American Political Science Review*, 85.
- RICO, G. (2002): *Candidatos y electores. La popularidad de los líderes políticos y su impacto en el comportamiento electoral*, Instituto de Ciencias Políticas y Sociales, Barcelona.
- ROSE, R. (1974): *Electoral Behavior: A Comparative Handbook*, Free Press, Nueva York.
- ROSENSTONE, S. y J. M. HANSEN (1993): *Mobilization, Participation and Democracy in America*, Yale University Press, New Haven.
- RUSCIANO, F. L. (1992): «Rethinking the Gender Gap. The case of West German elections, 1949-1987», *Comparative Politics*, abril 1992, 335-357.
- SANI, G. y P. DEL CASTILLO (1983): «El rol político de las mujeres en la España actual: continuidad y cambio», *Revista de Estudios Políticos*, 17.
- SINNOT, R. (1998): «Party Attachment in Europe: Methodological Critique and Substantive Implications», *British Journal of Political Science*, 28.
- STEPHENS, W. N. y C. S. LONG (1970): «Education and Political Behavior», *Political Science Annual*, 2, 3-33.
- TORCAL, M. y P. CHIBBER (1995): «Élites, cleavages y sistema de partidos en una democracia consolidada», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 69, 7-38.
- URQUIZU, I. (2005): «El voto oculto en España», *Revista Española de Ciencia Política*, 13.
- VAN WIJNEN, P. (2000): «Candidates and voting behaviour», *Acta Política*, 35.
- VAN DE WERFHORST, H. G. y N. D. DE GRAAF (2004): «The sources of political orientations in post-industrial society: social class and education revisited», *British Journal of Sociology*, 55-2, 211-234.
- VERBA, S. y N. H. NIE (1972): *Participation in America: Political Democracy and Social Equality*, Harper and Row, Nueva York.
- WATTENBERG, M. P. (1991): *The rise of candidate-centered politics. Presidential elections of the 1980s*, Harvard University Press, Cambridge.
- WEAKLIEM, D. L. (2002): «The effects of education on political opinions: An international study», *International Journal of Public Opinion Research*, 13-2, 141-157.
- WOLFINGER, R. E. y S. J. ROSENSTONE (1980): *Who votes?*, Yale University Press, New Haven.
- WRIGHT, G. C. (1993): «Errors in Measuring Vote Choice in the National Elections Studies, 1952-88», *American Journal of Political Science*, 37-1, págs. 291-316.
- YSMAL, C. (1990): *Le comportement électoral des français*, Éditions La Découverte, París.